

UN ENFOQUE FILOSOFICO DEL DERRUMBE DEL SOCIALISMO

Dr. C. Manuel Frómata Lores Centro Universitario de Guantánamo

Dr. C. Alfredo Pardo Fernández Universidad Médica de Guantánamo

M. Sc. Manuel Prevost Ramírez Centro Universitario de Guantánamo

A MANERA DE INTRODUCCIÓN

Una valoración del denominado **proceso revolucionario mundial** resulta difícil, debido a la coyuntura desfavorable por la que atraviesan las fuerzas progresistas en la actualidad a partir de la hecatombe ocurrida en el campo socialista. Un enfoque enfatiza los problemas económicos, los aspectos objetivos; otros hiperbolizan la incidencia de aspectos subjetivos hasta elevarlos a un plano determinante. Parecería que la "medida" fuera sopesar debidamente estos aspectos y que con ello se obtendría la verdad.

Pero, a nuestro modo de ver, la cuestión no es tan sencilla, ni el análisis se reduce a tal trivialidad. Nos parece que una investigación con estos propósitos ha de tener un arraigo filosófico que escapa incluso a los marcos históricos en que ocurre el suceso, y que recaba la recurrencia al material teórico disponible en todo el pensamiento social de avanzada acumulado hasta hoy. Una tarea de gran envergadura, como se observa, si se quiere hacer con la objetividad que el caso exige.

Las ciencias económicas, por ejemplo, no pueden ofrecer una visión completa, de la tendencia del mundo ni de las formas globales de solución a sus problemas por cuanto lo observan con especificidad y unilateralidad sumas, lo que no permite una valoración del todo mundial desde la óptica general que corresponde y se exige. Respetar la tendencia natural de la humanidad anterior, una vez captada a partir de su congruencia con la coyuntura que se vive, tiene siempre que ofrecer incomparablemente más elementos para el presente y para explicar el futuro, que el análisis del sistema o de la coyuntura en cuestión en sí misma. Pensar de este modo es pensar dialécticamente, y esta concepción del "devenir" nos advierte cómo todo es perecedero y cómo quedan en pie solo los fundamentos de la tendencia y del movimiento real de los objetos y fenómenos; la visión del conjunto no puede abandonarse para pretender explicar el todo y su futuro a partir de la concepción deducida de una de sus partes. Cuando ante los problemas cruciales de la humanidad de hoy invocamos equidad, razón, justicia social, cordura, conciencia o conmiseración, estamos al mismo tiempo culpando absolutamente al hombre por estos

problemas, ofreciéndole dádivas de subjetividad y, por tanto, dejamos claro su inevitabilidad plena. Sopesar los fenómenos multilateralmente es también aplicar la dialéctica.

Si con una óptica filosófica marxista seguimos el curso de la evolución de la humanidad a contar de las sociedades primitivas hasta nuestros días, vemos que la historia y la lógica del desarrollo de la humanidad es tal, que habiendo evolucionado desde la naturaleza el hombre tuvo la necesidad de recurrir a la explotación del hombre por el hombre, como único modo de garantizar la supervivencia y de crear condiciones para una evolución ulterior y así poder continuar su desarrollo, ahora como ser social. De modo que esta ojeada retrospectiva de la Historia nos llevaría a la pregunta ¿ha llegado efectivamente la humanidad al punto en que pueda plantearse la solución total y definitiva de ciertos problemas, o es la conciencia de la injusticia del estado (natural) de cosas lo que nos impulsa a creer que somos capaces de resolverlos ya?

A despecho de las nuevas eras anunciadas por la Gran Revolución francesa de 1789, por el Crucero Aurora, y por la Revolución Científico-técnica contemporánea, que tantas expectativas han generado, estos autores se niegan a contestar afirmativamente la primera parte de la pregunta, lo que lleva, consiguientemente, a la advertencia de que no estamos en presencia de Revolución alguna en el curso natural del movimiento humano para suponer que, se hayan creado las condiciones que posibiliten la solución de problemas globales nunca resueltos. Claro que esto no entraña, en modo alguno, un menoscabo de la significación de tales sucesos, sino un reputación de la insuficiencia de ellos para resolver los problemas en alusión, como han probado el tiempo y los hechos.

Pero cualquiera que sea la respuesta que a la interrogante más arriba planteada sea ofrecida, resulta concluyente que la pregunta es clave desde el punto de vista metodológico; que tal interrogante y el acceso a ella son igualmente dominios de la filosofía, y que el tipo de interpretación —necesaria si no se quiere caer en errores mientras se cantan victorias aparentemente definitivas— propone, o al menos aconseja, soluciones que raramente coinciden con resueltos políticos o con predicciones de corte economicista.

¿ES LA APARICION DEL SOCIALISMO UN FRUTO PREMATURO DE LA HUMANIDAD, O NACIÓ A TÉRMINO?

No somos de la opinión temerosa de que la admisión del socialismo como un fruto prematuro de la humanidad implicaría la renuncia a la teoría marxista-leninista acerca de la correlación entre los factores objetivos y subjetivos de la revolución, o de que comprometería la teoría marxista-leninista de la revolución social como un todo. Si puede madurar el factor objetivo sin que por ello aparezca y madure el factor subjetivo ni se desencadene la revolución — como prueba la historia—, del mismo modo puede aparecer y madurar el factor subjetivo sin que ello presuponga la presencia, la acción, o la maduración del factor objetivo. Esto obliga a suponer que también las condiciones subjetivas pueden aparecer no derivadas de la causa económica, esto es, del fundamento económico de la revolución, entendido como el conflicto entre las fuerzas productivas en desarrollo y las relaciones de producción que han quedado a la zaga en relación con aquéllas. Es decir, que el factor subjetivo puede madurar por efectos "artificiales" o no derivados de la cadena natural: FACTOR ECONÓMICO \Rightarrow CONDICIONES OBJETIVAS \Rightarrow CONDICIONES SUBJETIVAS, en que cada uno de sus eslabones ha de estar engendrado por la madurez del inmediato anterior o, cuando menos, condicionados por él.

La posibilidad del triunfo de la revolución resulta perfectamente comprensible si se tiene en cuenta que para la época se conoce, ya con bastante profundidad, la regularidad del proceso de la revolución, y que la humanidad progresista cuenta con hombres extraordinarios por su inteligencia, capacidad de organización, de dirección de masas y de interpretación de las demandas cardinales y de los estados de ánimo de las masas, elementos todos componentes del **factor subjetivo**.

El factor subjetivo es la "**causa inmediata**" del desencadenamiento y del éxito (o fracaso) de la revolución, del mismo modo que la causa inmediata de las acciones de los hombres son los móviles ideales. Y como este factor está presente —no obstante que el modo en que se ha originado haya sido **no natural**—, la revolución, por tanto, no solo puede desencadenarse sino también triunfar.

Un análisis filosófico del proceso socialista derrumbado requiere, al menos y a nuestro modo de ver, apuntar a la teoría marxista-leninista del triunfo de la revolución proletaria, que engloba, a su vez, los aspectos relativos al papel del factor subjetivo y la correlación entre lo

casual y lo necesario en el proceso histórico. De esta suerte, nuestro análisis filosófico marxista sería estructurado en tres vertientes y en el orden que sigue:

I. A partir de la correlación entre lo casual y lo necesario en el proceso histórico.

II. A partir de la teoría del triunfo de la revolución socialista.

III. A partir de la regularidad del proceso histórico emergido de forma prematura.

I. Aparición del socialismo ¿casualidad o necesidad?

La teoría filosófica acerca de la relación entre lo casual y lo necesario debe verse en dos dimensiones:

1º Lo casual como forma de manifestación de lo necesario, es decir, como expresión de la necesidad.

a) En este caso lo casual es necesario, es la confesión de que la necesidad existe ya, de que revela su existencia y acción en forma de casualidades. Se distingue esencialmente porque la necesidad es una realidad que impulsa por ya plasmada, que se muestra, que rige, que influye, que se mueve en un espacio y provoca efectos diversos advertibles como **casualidades**, acusatorias de su presencia. Tales casualidades, en cuanto tienen como fundamento, como apoyo y sustento a la necesidad, no tienen sustantividad propia, sino que constituyen una función de la necesidad, que le da "vida" y es gracias a la que puede existir. Aquí la casualidad es forma de la necesidad, fenómeno de la esencialidad necesaria.

b) En esta misma dimensión es incluíble el caso de lo casual como expresión de que prospectivamente devendrá necesidad. Lo que aparece como casual en un momento dado resulta un pronóstico de lo que será necesario en cierto momento ulterior. El modo de aparición de las nuevas necesidades es en forma de casualidades.

Es común a estos dos casos el que la necesidad existe o por lo menos se halla en estado de existir. Se diferencian porque en el primero, existe la necesidad, es ya una realidad que ha plasmado y que actúa, mientras en el segundo la necesidad existe potencialmente, constituye una realidad futura, una posibilidad real, en que la relación con la casualidad se expresa como una avanzada que advierte la inminencia de la necesidad.

2º Lo casual como complemento de lo necesario.

La vida, los procesos en general, las relaciones ente objetos y fenómenos, no se agotan por la acción exclusiva de la necesidad (determinismo absoluto), tampoco bajo la acción absoluta de la casualidad (indeterminismo), pero tampoco por la relación expresada más arriba en el aspecto 1º de nuestra mención.

Existen hechos casuales que son desviaciones de lo necesario, sucesos anormales provocados por el “entrecruzamiento de las necesidades”. Significa que los procesos necesarios chocan entre sí unos con otros en su pugna por realizarse, de lo que puede resultar un hecho o fenómeno no esperado, es decir, se origina una tendencia no esencial. Parece ser que la regularidad del surgimiento de lo nuevo, a la luz de la dialéctica de lo necesario y lo casual estriba en que son las casualidades efecto del entrecruzamiento de las necesidades, la forma en que lo nuevo permite ser avistado inicialmente. Que luego tales casualidades, al ir labrando su propio sendero —toda vez que su presencia y acción reclaman un espacio para sí que tiende a reducir o a eliminar las posibilidades de otros fenómenos que con ellas coexisten y compiten—, van gradualmente indicando, primero, que lo acontecido una vez es por ello acontecible otras; segundo, que el efecto de la reiteración, al principio penosa y lenta, ha de llegar a hacer el camino fácil y viable luego, esto es, regular.

La primera cuestión que salta a la vista es que el socialismo nacido a raíz de la Revolución de Octubre no está probado como parto a término porque constituya una **casualidad**, pues ya hemos visto que no siempre la casualidad es expresión de que una necesidad específica fuerza. De conformidad con el acápite (a), el triunfo proletario en cuestión, por primogénito, por único, por aislado e insólito, no constituye una manifestación de un proceso general ya gestado y establecido, esto es de una necesidad. Tal vez en este acápite pudiéramos inscribir con alguna felicidad, los triunfos revolucionarios posteriores al Octubre de 1917, que se suscitaron en otras latitudes, los cuales se apoyaban en la existencia de un país socialista de una relativa fortaleza. Cuando Fidel decía que las ideas socialistas de América Latina avanzaban por la senda que abrió la Revolución de Octubre legitimaba este caso de la relación casual–necesario.

Podríamos aceptar, al parecer sin contradicción alguna, el acápite (b): Lo casual como expresión de que perspectivamente devendrá necesidad. De conformidad con esta posición, el

triunfo revolucionario del proletariado en 1917 ha de ser considerado como el presagio de que está por llegar una etapa en que podrá ser efectivo y sólido ese triunfo. Pero, ¿No hubieran tenido derecho los comuneros en 1871 a considerar que el haber podido alcanzar el poder y mantenerlo por algún tiempo era prueba de la factibilidad del "asalto al cielo"? ¿Qué razones irrefutables podemos alegar para sostener que si bien lo de 1917 no fue un "asalto al cielo", no fuera un asalto a las nubes, es decir, un hecho tan solo más posible, pero tampoco viable del todo? ¿Cómo determinar el número exacto de intentos casuales requeridos que preceden la conquista y al establecimiento de una necesidad en el plano social? ¿Es que ya proponerse algo e intentarlo convierte el **intento** automáticamente en un logro potencial?. Es evidente que arriesgarse a contestar a estas interrogantes en el discurso de un sentido común, introduce el **azar** como recurso que cae de su propio peso, y entonces no pocas veces lo casual mismo estaría amenazado con igualarse a **lo azaroso**, a lo milagroso, a la "coincidencia", a la "pura casualidad", en el sentido lato de la palabra. Está probado que la ocurrencia de una casualidad no es una prueba de que exista un proceso necesario detrás suyo; que la casualidad es una condición necesaria, pero no suficiente de que rijan una necesidad de naturaleza afín a la casualidad en cuestión. Así, por ejemplo, la aparición de un fenómeno genético en la reproducción, no es, por fuerza, expresión de que actúa una tendencia, de que, por tanto, lo aparecido como casual tenga perspectivas de transformarse en necesario, en regular. También en la Historia hay hechos de esto probatorios: Espartaco hizo peligrar el poder esclavista en el siglo I, algunos cientos de años antes de que la debilidad del régimen fuera un hecho, y más aun, de que la violencia deviniera "partera de la historia"; más adelante, de una u otra forma se reiteran, con la misma analogía, Guerras campesinas en Alemania, Comuna de París, "Ensayo revolucionario de 1905", ¡¿Revolución de Octubre.?! De donde podemos inferir que no siempre que se da un fenómeno extraño a la dirección esencial de un proceso, el hecho puede conceptuarse como demostrativo de que exista ya un oriente necesario; de que una tendencia esencial subyacente lo provoque y lo sustente con seguridad plena.

Nos vemos obligados, entonces, a estudiar del triunfo revolucionario en cuestión, desde el otro ángulo arriba planteado: lo casual, complemento de la necesidad; lo casual como una desviación de la tendencia esencial, como una desviación de lo necesario. De conformidad con esta premisa deberemos preguntar, ¿cuáles necesidades se entrecruzaron para dar lugar a la casualidad que representa el triunfo de la revolución proletaria?

Entre tales factores (no naturales por demás, según nuestro punto de vista), pueden ser considerados **presiones, abusos** o **excesos** de las clases dominantes: la inmoderada ambición imperialista que origina una voracidad desmedida en los países poderosos, la intensificación de la competencia capitalista, la doble explotación a que se ven sometidos los obreros y demás trabajadores, la rivalidad tan feroz entre las potencias imperialistas, los horrores de la guerra. Todas estas tendencias (necesidades), chocaron entre sí y produjeron un hecho no esencial, un hecho casual: el triunfo revolucionario del proletariado. No puede negarse que un proceso revolucionario surgido por excesos o abusos de las clases dominantes, haya tenido también una causa económica, un fundamento económico. Nuestra posición estriba en concebir ese fundamento como generado artificialmente y no por efecto de un desarrollo desmesurado de las fuerzas productivas, como sentencia el marxismo. La “época de revolución” referida por Marx, tiene como causa el conflicto entre las dos referidas categorías de la concepción materialista de la historia, pero si se transforman artificialmente las relaciones de producción, de forma tal que involucionan hasta convertirse en freno de las fuerzas productivas en un momento determinado de su desarrollo siquiera cercano a su punto económico más alto, el **conflicto** no se haría esperar. Con él todas las consecuencias restantes.

La admisión del triunfo de la revolución socialista como prematuro no viola la correlación dialéctica entre la necesidad y la casualidad, precisamente por la generación **no natural** de tal necesidad. Las expectativas que se crean en los hombres los hacen aspirar a estatus y solvencias acaso imposibles para ciertas etapas de evolución humana.

La percepción de que se viola la correlación entre la necesidad y la casualidad se tiene, acaso por una comprensión **limitada** y no pocas veces incorrecta de esta correspondencia, la que muchas veces se concibe de manera absoluta según el principio de que **lo casual es la forma de manifestación de lo necesario**, donde lo casual está relacionado con lo necesario a la manera como la **posibilidad** con la **realidad**, al menos en lo que al lapso de tiempo que las separa respecta.

II.— También el problema del triunfo revolucionario de octubre, desde la óptica que lo estamos estudiando, es preciso enfocarlo en relación con la **teoría Marx y la de Lenin acerca del triunfo de la revolución**.

Los clásicos del marxismo, hicieron un análisis exhaustivo de la sociedad capitalista, en el cual pusieron de manifiesto que este organismo estaba destinado a desaparecer en virtud de las contradicciones internas de su sistema económico y de las tendencias que generaba. Según Marx, a partir del desarrollo alcanzado por el capitalismo en el XIX, se vislumbraba que en un período no muy lejano se llevaría a cabo un proceso en el cual de una manera simultánea ocurriría la revolución en los países de Europa que en aquellos momentos constituía el centro del desarrollo del capitalismo.

La teoría que explicaba la forma en que se debía producir este complejo proceso se le llamó en la literatura del marxismo teoría de la “revolución permanente”, y su principal argumento al respecto estaba basado en el hecho, demostrado económicamente por Marx, de que el sistema capitalista generaba en aquella etapa un desarrollo más o menos parejo en la Europa de entonces. Que, por tanto, al gestarse la revolución en uno de esos países ello serviría de detonante para extender dicho proceso a todos los países vecinos. De esta manera acabaría el sistema del capitalismo para el que quedaría demostrado que no tenía la posibilidad de convertirse en el sistema del futuro, en el que pudiera el hombre desarrollar la sociedad al máximo de las posibilidades históricas.

El problema de la revolución fue retomado por Lenin en nuevas condiciones históricas y el enfoque por él introducido fue diferente del de Marx. Según Lenin, con el desarrollo desigual del capitalismo aparecía la posibilidad del estallido y el triunfo de la revolución en un solo país y no precisamente de los más desarrollados. De esta forma, triunfa la primera Gran Revolución Socialista de la historia, por la ruptura del eslabón más débil de la cadena imperialista, y a partir de entonces se divide el mundo en dos sistemas sociales opuestos lo que origina la furia y los ataques del imperialismo sobre la joven República socialista. Aparece incluso el nazifascismo que se erige en enemigo directo del socialismo, alentado por el resto de las potencias capitalistas. La URSS hace posible la derrota del fascismo y el victorioso ejército rojo marcha sobre Europa dejando tras sí un número de "países socialistas". Se conforma así el Sistema Socialista Mundial, que ejerció poderosa influencia en el movimiento revolucionario mundial; se fomentaron los movimientos de liberación nacional que trajeron consigo el proceso de derrumbamiento del sistema colonial del imperialismo y que culminó con el establecimiento de países socialistas en Asia, y en A. Latina en el caso de Cuba. Formada así la Comunidad Socialista, continuó su influencia incuestionable en la economía y en la política mundiales insertada como contrapartida del capitalismo en la época de la "guerra fría".

Pero finalmente el socialismo se derrumbó. El mundo pasó súbita e inesperadamente de un mundo bipolar a un mundo unipolar.

La literatura filosófica (también la literatura política) proveniente de la URSS gustaba de contraponer las concepciones de Lenin y la de Marx en el sentido de que Lenin hubo "superado" la tesis marxista acerca del triunfo de la revolución en los países capitalistas desarrollados y simultáneamente, con la práctica del triunfo en un país económicamente atrasado y de forma aislada.

Postulamos que la tesis marxista acerca del triunfo de la revolución no ha perdido valor, que no ha sido "superada" con la práctica leninista, razón que puede comprenderse si nos remitimos a los argumentos por nosotros aducidos más arriba concerniente a la acción decisiva de los elementos influyentes en la maduración no natural del factor subjetivo.

De que Lenin la tuvo muy en cuenta lejos de "superarla", como suponen muchos todavía hoy, da fe la táctica leninista de propiciar el desencadenamiento de la revolución justo en el momento en que las grandes potencias capitalistas se devoran entre sí, en que la solidaridad enemiga — prevista por Marx en contra del proletariado—, era improbable o imposible de facto.

El requisito marxista del triunfo pluralizado del socialismo para impedir la solidaridad enemiga es suplido genialmente por un recurso, si bien diferente, pero que logra el mismo efecto deseado incidiendo sobre la misma causa.

III.— ¿Qué acontece una vez que de manera prematura ha triunfado la revolución?

Los objetivos del socialismo exigen de una base económica capaz de responder a las demandas que la llegada misma del sistema origina las masas se vuelven ansiosas y añorantes de lo que de súbito llega a sus manos (libertad, derechos y hasta propiedad sobre los medios de producción), y cuyas manifestaciones —suficientes para dar crédito a cualquier promesa incluso mediata— se perciben ostensible y convincentemente desde las primeras medidas de la etapa democrático-popular de la revolución. Gracias, precisamente a esa euforia, a ese entusiasmo popular, es posible la revolución ininterrumpida propugnada por Lenin.

Así las cosas, con las ventajas del socialismo como pedestal, sobreviene el olvido de todo cuanto se tiene y que no se tenía, siendo la desmemoria tan grande, extendida y común, que todos los intentos de instrucción en torno a la historia no alcanzan a resultar suficientes para la concientización sobre todo de los más jóvenes. Comienza una rigurosa comparación con la sociedad de consumo pero siempre presentándola libre de sus defectos, contradicciones e

inhumanidades. Como si se deseara una sociedad, ventajosa para el hombre como el socialismo, y promisoría de garantías económicas como el capitalismo más desarrollado, en que los fines justifican totalmente los medios.

Es fácil enjuiciar a las masas y culparlas de una u otra conducta no esperada o "impropia", como a menudo se dice. Pero amén de que el principio de la causalidad permitiría una explicación convincente de las actitudes y de la conducta, que resultaría justificatoria de los procederes de las multitudes y las transformaría en actitudes "de esperar y normales", se revelaría también, por decantación, que las expectativas, las actitudes y la conducta impropias, son generadas en las masas por sus conductores mismos, y por la ciencia social que sirve de plataforma teórica. De esas expectativas se arman las masas, y en la conciencia social florece la seguridad de que "por fin llegaron el día y la etapa tan esperados"..

La sociedad emergida del poder proletario avanza de forma súbita, eleva la calidad de vida en muy pocos años a niveles extremadamente superiores a los que en realidad podían ser imaginados, y crea en las mentes de las personas expectativas cada vez más supinas. De modo que se arraiga la noción de que conseguir las cosas es fácil y siempre absolutamente posible; de que la sociedad ha acumulado ya las fuerzas productivas suficientes para emplazar, no a la **producción** sino ya a la **distribución**, como la causa absoluta de la desigualdad y de la pobreza. Pero aunque en efecto es posible una satisfacción inicial relativa de las necesidades durante los primeros tiempos de poder revolucionario a costa de la distribución —en tal medida que una sensación de alivio y un respiro efectivo se aprecia en estos primeros tiempos—, ello no pasa de ser el resultado del disfrute del ahorro de recursos a base de privaciones rigurosas durante muchos años, que el desenfreno, la propensión al despilfarro y la tentación de la orgía masiva, inspirados en una convicción férrea de que se dispondrá en lo adelante de lo que en ese momento, terminan por agotar en un lapso breve y de manera violenta el ahorro conseguido gradual y penosamente. La conclusión política de Marx en el sentido de que la liquidación de la propiedad privada capitalista es un acto legítimo por cuanto la propiedad no hace más que pasar a manos de aquellos que la han generado con su trabajo, parece justificar estas afirmaciones nuestras.

La calidad de vida conquistada en muy pocos años, hace que las exigencias del hombre partan de las conquistas obtenidas, y que no se detenga a pensar qué había en el escalón anterior. Se busca apoyo solo en el peldaño de turno y la única conformidad posible está en poder ascender a otro inmediato superior que permita la consumación de los objetivos deseados y la realización de las expectativas emergidas. Las críticas llueven entonces sobre el escalón referido, y los deseos de

ascender impiden sopesar en qué medida ese peldaño es superior a los anteriores y cuáles son, por tanto, sus virtudes, de tal suerte que el anterior peldaño pertenece al pasado, y aparece una rebelión en su contra, por no ofrecer más posibilidades de las que está ofreciendo.

Se observa así, que tanto los jóvenes como los viejos olvidan fácilmente la situación del ayer. Unos porque no la conocieron y llegan hasta ellos solo las nociones relatadas; los otros porque, al parecer, ven superada definitivamente la etapa anterior, quizá a la manera como la humanidad ve superada hoy la esclavitud, es decir, sin el más mínimo temor de que tal régimen pueda reinstaurarse.

Sería necesario, para remediar esto realizar una labor encaminada a la adquisición de una elevada cultura y conciencia políticas, que permitan un conocimiento y especialmente una concientización acerca de la situación que hay en otras partes del mundo, encaminada a evitar juzgar la situación propia desde el punto de vista absoluto y no relativo, como debiera hacerse con justeza y realismo.

Es esa, en realidad, la situación generada, la regularidad que ha regido el proceso social socialista, la ruta por la que atraviesa, la manera de pensar, la conciencia social del ciudadano de la sociedad fruto del poder proletario derrumbado. Se puede suponer, por ejemplo, que la ayuda al que carece es una práctica generadora de agradecimientos lógicos, y de reacciones siempre positivas por parte de los ayudados. La vida y la práctica cotidiana prueban, en primer lugar, que la ayuda deseada es, para el necesitado, un indicio de que existe la posibilidad de ser ayudado en lo adelante, mientras que para el caritativo el inicio de un proceso de ayuda acaso sin fin. Cuando tal coto existe, se revela con efecto inverso al esperado éticamente, pues bien miradas las cosas, el término de las solicitudes de contribución es la confesión de que se ha alcanzado ya cierta capacidad de solvencia, de que se ha ascendido a un peldaño más elevado y exigente de otros escaños superiores. Y aunque los principios morales aconsejan el agradecimiento positivo por el ayudado, existe, tal vez, una ley oculta que fuerza en el sentido de lograr ciertos status cada vez más elevados que los tenidos, y al ascenso a patrones subsiguientes a partir del logrado inicialmente gracias a la ayuda recibida.

De este modo, comienzan a generarse condiciones objetivas para un proceso contrarrevolucionario, regresivo, como en efecto ha tenido lugar en muchos países. Los pueblos pierden de vista que el capitalismo que aparece como promesa, y al que puede aspirarse, no es a un capitalismo desarrollado —en el que los contrastes entre la pobreza y la riqueza pudieran ser

más tenues—, sino a un capitalismo subdesarrollado destinado a servir de traspatio al primero para tratar de atenuar aun más los contrastes y presentarse con más atractivos engañosos.

Pero aunque estas condiciones que hemos reseñado resultan un tanto objetivas, es inobjetable que buena parte de la culpa en la fructificación de ese factor objetivo en aras del desencadenamiento del proceso contrarrevolucionario, recae sobre los conductores del socialismo incluyendo a los teóricos (académicos, filósofos, economistas, etc.), quienes desentendiéndose —cuando se hizo de buena fe— del hecho de que el advenimiento del socialismo fue producto de un parto prematuro, comenzaron a tratar la creatura como si hubiese nacido a término, y a confiar ciegamente en sus posibilidades tan solo porque aparece posterior al capitalismo y muestra una carga humanista superior. Parece como si también ellos fueran víctimas de la misma ceguera, de la euforia y la seguridad fatales de los no entendidos —como se advierte del análisis por nosotros realizado más arriba en torno a la teoría de la revolución socialista para la conquista del triunfo proletario—, cuando era evidente la necesidad de una observancia celosa del principio de que **lo creado gracias mayormente a la subjetividad magnífica del hombre, solo puede mantenerse mediante un manejo cuidadoso de las ideas, de la psicología social, de los estados de ánimo, en una palabra, de los elementos subjetivos que propician su a floración.**

La admisión del socialismo como un fruto prematuro obliga a reflexionar en el sentido de si puede considerarse la tendencia al capitalismo como un fenómeno casual, en el que la voluntad de los hombres puede determinar absolutamente el curso de los hechos. ¿No hay nada de objetivo, de necesario, en que reformas de los países de Europa oriental y de la URSS hayan sido tendentes al capitalismo? ¿No estamos de algún modo coincidiendo con Weber¹ cuando adjudicamos absolutamente el derrumbe del socialismo a errores, factores subjetivos, a problemas de conducción de sus dirigentes?

No se conoce un solo caso en la historia de la humanidad en que una vez establecidas las nuevas relaciones de producción, **sus sustentadores** las abandonaran por preferencia de las relaciones de producción viejas. En este caso habría que aceptar al menos una de las variantes

1° Que las nuevas relaciones de producción fueron impuestas, bien por las circunstancias —propicias o exigentes— o por fuerzas externas.

2° Que como la revolución, a decir de Fidel, es un proceso que puede retroceder e incluso frustrarse, estamos en presencia de casos de frustración o retroceso.

¹ En su libro *“La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo”* Max Weber, en contraposición a Marx, sostiene que el advenimiento del capitalismo se debe no al desarrollo de las fuerzas productivas y al conflicto con las relaciones de producción, sino a factores multicausales entre los que destacan las cruzadas protestantes.

Pero Fidel aquí se refería más bien a la revolución socialista. Referido a la revolución como categoría general, las frustraciones y retrocesos deberían ser comunes a todos los procesos revolucionarios y no solo a los socialistas. Es el caso, empero, que los procesos anteriores al socialista, si bien pudieron frustrarse, nunca fue por entrega del poder, por abandono de las relaciones nuevas por las que lucharon las clases a la sazón en el poder. Por tanto, estamos obligados a aceptar la primera de las dos variantes propuestas más arriba, variante en la que se deduce falta de condiciones o de madurez para la revolución².

Que la sociedad capitalista desapareció en estos países antes de haber desarrollado todas las fuerzas productivas que podía contener hay que suponerlo, por cuanto el capitalismo alcanzó mayor desarrollo en otros países, amén de que la restauración en ellos del capitalismo se aprecia no solo como tendencia objetiva inequívoca sino también como demanda, a despecho de los eufemismos como, "engañados "confundidos", y otros análogos, con que muchos han justificado los movimientos de masas a favor de las reformas orientadas hacia el capitalismo.

Que el triunfo socialista es un fruto prematuro nos parece incuestionable, también, si atendemos al hecho de que las ofertas que el sistema entraña —y está obligado a intentar cumplir— no puede garantizarlas en razón de la base económica heredada, con insuficiente desarrollo para asegurarlas. Esto se corresponde plenamente con la tesis marxista acerca de la necesidad del triunfo en los países más desarrollados.

De esta reflexión surgen interrogantes lógicas: ¿Cómo se explica que el poder soviético pudo garantizar en buena medida las ofertas sociales derivadas de la naturaleza del sistema? ¿Cómo pudo mantenerse ese poder durante siete décadas, e incluso evolucionar rauda y ostensiblemente?

A nuestro juicio, ello se explica porque, en el orden político, aparecía un enorme estado multinacional cuya unidad le confería ya de hecho un poder incuestionable.

En el orden social, había un pueblo sufrido por la doble explotación feudal–capitalista y especialmente por la guerra más adelante, con los acicates estimulantes de la necesidad de aprovechar la oportunidad que la vida política ponía a su alcance. Pero la garantía mayor de la

² Esto es consecuente con la sentencia marxista de que:

Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas la cosas, vemos siempre que estos objetivos no surgen más que cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización (Marx, 1973: I, 516–7).

durabilidad del poder soviético, a nuestro juicio, radica en que estuvo **decisivamente** amparado por un medio geográfico muy favorable: una extensión territorial impresionante continente de vastas extensiones de tierras cultivables, enorme cantidad de recursos naturales: petróleo, maderas, gas natural, recursos hidráulicos, fauna terrestre y marina; de no haber contado con estas condiciones, el destino funesto de la URSS se hubiese consumado aún en un plazo más breve, de mantenerse constantes todos los demás elementos que incidieron en el derrumbe. Hoy sabemos que las grandes producciones de granos, que las ofertas de petróleo y gas natural a Europa mediante oleoductos y gasoductos, o los enormes volúmenes de generación de energía eléctrica, eran un privilegio y una facultad soviéticos a partir de las bondades de su medio natural y no precisamente gracias a presuntas eficiencia y racionalidad tecnológicas. Aunque a partir de fragmentos de muy discutible relación armónica, logró ser erguido en toda su descomunal estatura un gigante que incluso para sus enemigos inspiró el respeto y los temores suficientes, al ser evaluadas sus potencialidades futuras a partir de una asociación intuitiva de la estatura y de las demostraciones de fuerza tan solo válidas para ciertos momentos o etapas³.

Pero ninguno de estos factores por sí solo, ni aun en su conjunto, hubieran garantizado una subsistencia muy larga del poder proletario sin la mano y la política férreas del estalinismo: colectivización forzosa, deportaciones masivas a territorios vírgenes, trabajos casi forzosos, fueron métodos coercitivos que sostuvieron un sistema económico y aseguraron su "funcionamiento". Se entrecruzaron así varias necesidades.

Se objetara que el período de Stalin se extendió tan solo durante tres de las siete décadas de poder soviético. Pero amén de que fueron décadas muy importantes en la historia soviética, el síndrome del estalinismo continuó —de alguna forma— por algún tiempo más o menos largo sin Stalin; es difícil sustraerse del todo al estilo de unas tres décadas anteriores cuando incluso las personas y las estructuras sociopolíticas se han "habitado" al estilo de poder (Kurasvili, 1991: 49—51)⁴. Si la humanidad pudo funcionar épocas enteras bajo la égida militar o la coerción —épocas en que el desarrollo económico existente, y con él las exigencias y el espíritu de independencia moderados de las grandes masas permitían el uso de la coerción—; si incluso estos métodos de dominación pudieron ser impuestos en América durante siglos, cuatrocientos años después que en Europa habían sido superados; si en alguna que otra parte del mundo subsisten aún vestigios de coerción que pretenden haberse adoptado en favor de una salvación económica; entonces es

³ Existen referencias de que durante un desfile de posguerra los soviéticos mostraron una bomba atómica que superaba a las de Hiroshima y Nagasaki

⁴ Según B. Kurasvili, este estilo de poder existía como "socialismo autoritario", durante el "Comunismo de guerra", ya en tiempos del mandato leninista. (Kurasvili, 1991: 49—51) *El pulso de las reformas*.

concebible que Stalin no encontrase otra fórmula que la recurrencia a los métodos, ya arcaicos pero probados, en unas circunstancias críticas en que concurrían los factores suficientes para "legitimar" el uso de la fuerza. "Socialismo gracias a Stalin" y "Socialismo a pesar de Stalin" son antítesis extremas que fuerzan el discurso por un sendero que elude la necesidad histórica de ciertos hechos sociales, y más aun de las coyunturas en que confluyen, de manera adecuada, las fuerzas requeridas para la generación de una tendencia definida, de modo análogo al hecho de que la producción de un huracán o de un terremoto locales pueda tener lugar, sin que el planeta todo tiemble o esté huracanado.

Es probable que no esté lejos la posibilidad de probar la hipótesis de que, si bien la lógica objetiva del proceso histórico descubierta por Marx certifica el tránsito por las épocas coactivas de la historia como necesidad ineludible, la salida de ellas se debió más a la inestabilidad, a la falta de perdurabilidad, es decir, a la posibilidad de estos regímenes de asegurar la funcionalidad social tan solo por el tiempo en que los hombres no pueden más que obedecer, como escribiera el gran Rousseau (Rousseau, 1973: 606 y 607).

Incluso el papel de la violencia como “partera de la historia” —enunciado con carácter de ley bastante general en el marxismo— es algo muy circunscrito a ciertas etapas de la historia vinculadas a estas formas coercitivas (necesarias) del ejercicio social.

Cuando acontece que de manera abrupta se rompen las ataduras sociales —que implica el abandono raudo de la coerción para asumir procedimientos más suaves—, las libertades súbitas suelen asimilarse con tal euforia, que el caos termina por entronizarse en todos los órdenes (Kurasvili, 1991)

Es esta la lógica objetiva que ha seguido y que ha regido el curso de la evolución social, la que acaso es un tanto perdida de vista debido a pasiones políticas desmedidas y a la desesperación por implantar estadios históricos con una premura violatoria del tiempo y de las condiciones mínimas necesarias para el acceso a tales estadios.

HACIA UNA LÓGICA OBJETIVA DEL FACTOR SUBJETIVO

¿Es o no salvable un socialismo prematuro?

Aunque si bien el poder proletario soviético era un fruto prematuro, era de todo punto de vista **salvable**, en tanto nació con la vitalidad necesaria, se aferró a la vida con una tenacidad jamás conocida, y fue capaz de desarrollar, en buena medida, los pilares competentes para su

afianzamiento e incluso para sobrevivir a los ataques de sus enemigos; el nacimiento anticipado no está reñido siempre y absolutamente con las posibilidades de vida.

Pero afirmar el carácter **salvable** de este poder es una idea que puede defenderse, no en el sentido de **posibilidad de salvar tal poder cuando ya no tenía salvación**, sino en el sentido de adoptar **a tiempo** los métodos correctos de tratamiento del sistema en cuestión. Que el poder proletario de 1917 era salvable significa que de haberlo manejado de forma correcta, acorde con sus peculiaridades y con el tratamiento especial que demandaba, podría haberse sostenido. Pero la salvación era materialmente imposible cuando hubo alcanzado la degradación irreversible de las dos últimas décadas de poder; si el poder soviético de los años sesenta era aún, tal vez, salvable, no lo era ya el de los ochenta; se derrumbó no el socialismo de Gorbachov, sino el socialismo; la Perestroika y la Glasnost actuaron a manera de enzimas del proceso de descomposición, pero en modo alguno fueron las causas del proceso degenerativo; las invocaciones a un "socialismo democrático" en la URSS era una confesión de que los métodos empleados eran **poco civiles**.

Se objetara que de haber usado la fuerza podía haberse "salvado" el poder desmoronado. Pero a fines de XX el uso de la fuerza era un recurso de eficacia dudosa y **peligrosa**, especialmente en un pueblo que sentía ya superados los status afines a los métodos coactivos, por lo que la fuerza, en nuestra opinión, habría acelerado el derrumbe. El efecto de la fuerza no se percibe con igual significado cuando se usa de manera extemporánea que empleado en la época y en las condiciones donde puede ser acatado.

¿Qué es **salvar un proceso**? Es, por principio, evitar que el proceso muera, es evitar que cambie su determinación cualitativa, es asegurar a toda costa su supervivencia. Ello supone, a su vez, la existencia de un peligro de muerte; lo que no corre el riesgo de perecer, no precisa ser salvado. De suyo se comprende que emprender un salvamento presupone la conciencia del peligro, la convicción de que se requiere una maniobra específica, de que la espontaneidad y las condiciones naturales en la conducción han de ser suprimidos. Cuando se habla de **salvar un proceso**, es decir, de conducirlo por una senda diferente de la que pudiera tomar, cuenta de manera decisiva el papel del factor subjetivo ya reconocido como posibilidad, con valor (potencial) de alterar el modo natural de los procesos. Todas estas premisas conducen claramente a la conclusión de que una **salvación** demanda una acción subjetiva especial, el concurso de un factor subjetivo peculiar en correspondencia con la situación.

Si bien el acto de haberse salvado presupone la permanencia de la cualidad en proceso de salvación, es obvio que la determinación cuantitativa habría de sufrir modificaciones (variaciones) ostensibles; con la implicación de que lo salvado ha de conservar alguna secuela de la senda riesgosa tomada, siempre que se haya adentrado en ella lo suficiente como para haber requerido la necesidad del auxilio extremo. Habría entonces que pensar acerca del grado de las secuelas y en qué medida, por tanto, la legitimidad de lo salvado puede ser garantizada. El primero y más general resultado de una salvación, indica un cambio sustancial de lo salvado en relación con las características que antes tenía, por lo que, sin apartarse de su determinación cualitativa, puede llegar a contraposiciones o contrastes de gran significación. Este habría sido el destino del poder proletario perdido en caso de haber sido posible la salvación. Un socialismo **salvado**, no habría continuado siendo el socialismo que era, sino que sus características cambiarían en todos los órdenes. Y podría asegurarse que si bien las transformaciones no llegarían a trastocar sus esencias más profundas, la necesidad de la salvación exige, de todo punto, adoptar estilos nuevos, en suma, una forma diferente de encauzar la cualidad. Si movemos las cosas a un plano un poco más histórico—concreto del análisis, es comprensible que un socialismo de nuestro tiempo no puede parecerse a la forma, al modelo de socialismo que asumió el poder soviético, a juzgar por los enormes cambios operados en el mundo, al margen de la repercusión del derrumbe; —La quimera por el “orden y la armonía” que se perdió con la desaparición del poder eurosoviético apenas si tienen lugar, cuando nos preguntamos si realmente existía lo que se perdió—. Si en esas condiciones no es posible la salvación, entonces habría que concluir en que el proceso, si bien **fue salvable, estaba ya insalvable**.

De tal suerte, la salvación de un proceso también nos lleva a sopesar que existe alguna intención, carril, esto es, una senda determinada y preestablecida, por donde es preciso se conduzca el proceso en cuestión; significa que entre las variantes posibles del curso del proceso histórico existe alguna óptima o más adecuada a ciertos fines o propósitos, lo que confiere, en efecto, un criterio un tanto subjetivo y caprichoso al curso histórico. Ocurre que la variante óptima, la alternativa deseada del hecho histórico, el camino que se precisa sea tomado, constriñe de manera un tanto caprichosa el hacer de los hombres, tanto, que es a partir de aquí como se juzga el curso del proceso; aparece como el **patrón** hasta ser convertido, por el dictado de la conciencia y el empuje de la voluntad, en la senda única, en la variante exclusiva del proceso histórico. Son eliminadas, por indeseables, cuantas opciones reales pudieran subyacer como alternativas; emprender el camino por una u otra vía es algo que puede tener significación a partir de un camino establecido como patrón y único a seguir, siendo las posiciones políticas y los intereses

de los hombres los que hacen evaluar determinado enrumbamiento como correcto o como incorrecto.

De este modo, es frecuente encontrarse con casos en que se habla de **salvar un proceso**, no en el sentido de que haya inminencia de muerte por vía natural o de que tal amenaza exista por cercanía de un accidente fatal, sino tan solo porque el proceso pudiera tomar uno de los carriles no deseados o no esperados, en el sentido de que no adopta la variante prefijada, al menos totalmente. Y es que el hacer subjetivo de los hombres se incorpora al proceso objetivo de manera tan sutil y aparente, que apenas se advierte la existencia de un curso objetivo de gran amplitud, por el que puede andarse, o más rápido o más lentamente, o por uno o por otro sendero, o en zigzag o en línea recta, o haciendo paradas o sin detenerse, o marchando de frente, o de lado, o de revés, o marchando con retrocesos temporales incluso; variantes todas que no niegan el que irremisiblemente el curso haya de transcurrir por aquella alameda y en una dirección neta.

La andanza del hombre a partir siempre de planes políticos específicos lo persuade de estar conducido rígidamente por uno de los senderos o carriles aceptados como exclusivos, le reduce la **gran vía** a uno de los senderos o formas de hacer la travesía. De modo que tiene lugar nuestra conclusión de que, si bien el hacer social humano tiene una condición objetiva que delimita el rango de actuación del hombre, la rigidez y el carácter estricto de su actuación, están más determinados por las rectitudes mismas que se autoimpone el hombre en forma de intereses y propósitos, que por los factores objetivos en cuanto a tales. Es paradójico, aunque no extraño, que en las concepciones del proceso histórico tenidas se sitúen las antípodas: el proceso histórico es un caos en el que los hombres se mueven de forma absolutamente libre y arbitraria; el proceso histórico está ceñido estrictamente a un curso predeterminado y férreo, trayectoria de la que no es admisible **por trágica** la más leve desviación. “La evolución, ¿es la culminación de un guión preestablecido o el resultado de una serie de acontecimientos fortuitos” (Bocci y Ceruti, 1996: 27).

La primera de estas antípodas fue superada ya por Marx, y el que exista en la conciencia cotidiana aún, es una falta de la Enseñanza y de la Información, y no de la Filosofía; la segunda se envuelve en un manto extremadamente subjetivista e indeterminista absoluto, y es aceptada sin muchas reservas —aunque con poca conciencia de que la aprueban—, incluso por no pocos filósofos. Está muy arraigada, así, la concepción —especialmente influida por las filosofías políticas—, de que la acción de los hombres puede desviar "peligrosamente" el curso objetivo del desarrollo social, aunque en el plano de la concepción filosófica general ello tiene solo un valor

pragmático específico, en función de intereses de una parte de la sociedad por oposición a otra parte de ella, como hemos reflejado más arriba.

La actividad del hombre es subjetiva tan solo en el sentido de que, en cuanto ser racional, puede tomar o unas u otras decisiones dentro del conjunto de las existentes a su alcance, en el sentido de que existe un rango de actuación en el que el hombre se ve, en apariencia, absolutamente libre⁵; como tal rango suele ser (léase **parecerle**) relativamente amplio, la percepción del hombre lo lleva al plano de lo absoluto y concibe la subjetividad con un grado de actuación absoluta, ilimitada.

Pero, ¿qué hubiese acontecido si el camino seguido no fuese el deseado, si las cosas no fueren hechas como se prescriben? (Weber, 1971: I, 7, 10–11)⁶. Muchas especies de plantas y de animales han desaparecido a lo largo de la existencia humana sin que la causa de su desaparición haya sido la acción del hombre; la naturaleza ha seguido un camino, si bien distinto del que hubiera seguido de haber contado con tales especies ya extintas, pero ha seguido un camino al fin que nadie se detiene a enjuiciar. Es obvio que se genera otra manera de transcurrir, otro proceso, es incuestionable que el curso de la materia continúa inexorablemente. Se alarmará la humanidad

⁵ La concepción del límite objetivo de la actividad de los hombres es aceptada ya hoy en la ciencia aun desde un perspectiva diferente de la del marxismo. El sociólogo norteamericano Talcot Parsons, y con él la posición estructural funcionalista, sostiene que la elección del individuo está circunscrita por normas, valores, ideas, situaciones, etc. (Ritzer, 1993: 402).

Goffman define el **Marco**, desde la perspectiva del Interaccionismo simbólico, como la limitación del espacio real que atrae la mirada. Toda “definición de una situación se cimienta en principios de organización que gobiernan los acontecimientos [...] así como nuestra implicación subjetiva en ellos.

[...] la vida social es una cosa ordenada, no engorrosa.

El marco [frame] organiza algo más que el significado; ordena también la integración[...] inmersos en él sus partícipes no solo percibirán el sentido de lo que acontece, sino que [...] acabarán espontáneamente integrados” (Goffman, 1981: 18).

⁶ Max Weber utiliza el **Método de sustitución causal** al evaluar el curso seguido por un hecho histórico, incorpora la **probabilidad** y determina la **causalidad adecuada** y la **causalidad accidental** (Weber, 1971: I, 10–1).

Weber se plantea la necesidad de hurgar en la trayectoria que seguiría un proceso social fuera de las “perturbaciones”, de las irracionalidades, o lo que para nosotros serían los errores o desviaciones de la senda fijada o preestablecida como correcta. Él dice que si logramos saber cuál hubiera sido de esa manera la trayectoria, “solo así sería posible la imputación de las desviaciones a las irracionalidades que las condicionan”. Si existen las desviaciones irracionales, ellas entonces tienen lugar a partir del patrón que representa la racionalidad presupuesta y esperada. *La construcción de una acción rigurosamente racional con arreglo a fines sirve en estos casos a la sociología —en méritos de su evidente inteligibilidad y, en cuanto valor racional, de su univocidad—, como un tipo (tipo ideal), mediante el cual comprender la acción real, influida por irracionalidades de toda especie (afectos, errores) como una desviación del desarrollo esperado de la acción racional.* (Weber, 1971: I, 7)

Weber se refiere aquí a la metodología del investigador sociológico. Propone la construcción de tipos ideales para comprender la realidad. En la práctica política hoy también construimos **tipos ideales**, pero a diferencia de Weber, forzamos y presionamos a la realidad para que se corresponda con el “tipo”, el que es usado como reflejo de la realidad y como modelo subjetivo que ha de objetivarse incondicionalmente.

Evidentemente por aquí también ha de andar la precursoría de la Lógica objetiva del factor subjetivo.

porque, a causa del consumo excesivo de vegetales, se acrecienten las dimensiones del intestino humano y se trastocuen las funciones de su aparato digestivo. Ello tendría, empero, su significado específico, temporal, y tal vez regional; la historia, el curso de la evolución, no contemplaría más que el tránsito de una forma a otra de asimilación. Para las generaciones futuras no tendría, tal hecho, el significado trágico que para las que participan en el proceso; tampoco la historia le concedería mucha importancia. Lo que cuenta es más bien el resultado, pero no el modo en que este se obtiene.

Ekeland introduce el principio de la incertidumbre como necesario para el análisis de los procesos históricos “Nunca será posible decidir con pleno conocimiento de causa. Es preciso integrar el principio de la incertidumbre”: (...) *Las decisiones, buenas o malas, se adoptan de acuerdo con las informaciones de que disponemos en un determinado momento. Cabe entonces preguntarse: ¿no serán las malas informaciones, o al menos las informaciones incompletas, las responsables de las malas decisiones? ¿Una información completa, no permitiría, en una situación determinada, decidir con conocimiento de causa y prever con certeza casi total las consecuencias de nuestra decisión?*

Hasta aquí, como vemos, Ekeland ofrece ya una posibilidad de adoptar una variante determinada como la más conveniente, y lo condiciona a la disposición de suficiente información. Evidentemente que una concepción que parte de una vía preconcebida, exige de una "información completa", concepción que de por sí expresa muy claro la rigurosidad que requiere andar por tal vía estrecha sin desviarse. Más adelante declara imposible alcanzar esta condición —no podría esperarse otra cosa—, del modo siguiente: (...) *La complejidad de los sistemas naturales o humanos hace que ese encadenamiento ideal —transparencia de la situación, decisión adecuada con efectos previsibles por mera deducción—, no solo esté fuera de nuestro alcance, sino que sea inconcebible* (Ekeland, 1996: 20).

No sabremos jamás si hemos tomado la decisión adecuada: un mundo en que la decisión hubiese sido diferente, donde, por ejemplo, el Canciller Kohl no hubiese reunificado a Alemania, sería tan distinto del actual que toda comparación carecería de sentido. Así, se cumple el viejo adagio: “no hay buenas o malas decisiones, solo decisiones tomadas a tiempo”. (Ibíd.: 22)

Coincidimos con Ekeland: En efecto es engorroso decidir con pleno acierto, ***cuando constreñimos de tal modo el curso del proceso histórico, que lo convertimos en un sendero angosto y muy preciso*** [La cursiva es nuestra], condición que sería preciso agregar y destacar en

sus razonamientos. Pero no podemos estar de acuerdo, al menos de manera absoluta, cuando refiere la posibilidad de **cursos distintos del proceso histórico**. Esta posición niega de todo punto la correspondencia del proceso histórico con una ancha vía, y lo reduce a causas estrechos y diversos en correspondencia con las **decisiones** adoptadas por el hombre.

Para nosotros, las diversas decisiones y variantes **matizan** de forma distinta el curso del proceso histórico, pero no podrían representar de manera radical, cursos completamente distintos, esto es, con diferencias cualitativas. Las formas en que actúan los hombres, las decisiones que hayan de tomar, no pueden variar tanto de unos a otros en unas mismas condiciones y circunstancias. El principio marxista acerca del condicionamiento objetivo de la subjetividad, así como la identidad entre sí de los hombres con acceso a la toma de decisiones históricas, son argumentos conclusivos frente al punto de vista que estamos cuestionando.

Nos parece que la misma conciencia individual del hombre, que le impulsa a evaluar, por ejemplo, cierto conjunto de hechos a partir de la presencia del **Yo** y de su ausencia, lo conlleva a suponer que una y otra situaciones resultarían muy diferentes en extremo. La subjetividad, los intereses de los hombres, pretenden, a veces inconscientemente, forzar el modo en que transcurre la vida, de tal suerte que se diseña el futuro a la manera que **conviene**.

Suele creerse que aquel suceso con significado ostensible para el ámbito microsociedad y hasta individual, es algo que cuenta decisivamente desde el punto de vista del mundo. Por eso a menudo se identifica el "curso micro", con el curso general del proceso histórico y de la materia toda. Así, un suceso puede cambiar el "curso" en la vida de ciertas personas: que encontró un empleo conveniente o no, que contrajo o no matrimonio con un buen partido, que a causa de un accidente resultó o no mutilado... En realidad son todos sucesos que si bien repercuten de manera ostensible en la trayectoria del individuo, tal vez de grupos más o menos grandes y hasta de pueblos, no cuentan de igual modo para la humanidad y menos para el universo.

Nos adherimos al criterio de Weber cuando, al percibir que las cosas han ocurrido de un modo, las restantes variantes o formas de ocurrir representarían otros casos a investigar idealmente⁷.

⁷ (...)En los demás casos, y como tarea importante de la sociología comparada, solo queda la posibilidad de comparar el mayor número posible de hechos de la vida histórica o cotidiana que, semejantes entre sí, solo difieren en un punto decisivo: el "motivo" u "ocasión", que precisamente por su importancia práctica tratamos de investigar. A menudo solo queda, desgraciadamente, el medio inseguro del "experimento ideal", es decir, pensar como no presentes ciertos elementos constitutivos de la cadena causal y "construir" entonces el curso probable que tendría la acción para alcanzar así la imputación causal (Weber, 1971: I, 10).

Cierto modo de hacer puede determinar la ocurrencia de los hechos de una manera, en un momento, en ciertas condiciones. El hacerlo de otro modo influirá en las condiciones, en la manera, en el tiempo, pero en principio habría de ocurrir, y eso es lo que cuenta.

Podemos admitir, por ejemplo que el advenimiento del Socialismo en 1917 estuvo condicionado por la existencia de hombres como Marx, Engels y Lenin, que sin ellos (o algunos como ellos) el "curso" de la historia hubiera sido muy distinto..., pero no tan distinto al punto de que no ocurriera de un modo u otro el suceso de Octubre. ¿Qué más da a la historia que ocurriese en Octubre o en Enero, en Rusia o en la India, en 1917 o cien años después? ¿Cuántas veces cambió el mapa político, por ejemplo en el viejo mundo?, que si Roma, que si Grecia, que si los bárbaros, etc., ¿qué significado ostensible puede tener para la historia, es decir para el curso indefectible del proceso histórico, la asunción de una u otra variante? ¿Qué tan diferente deberá ser el mundo porque se hable en él más o menos español, o inglés, o francés o cualquier otro idioma?. Solo cuando nos circunscribimos a una perspectiva diseñada, a una expectativa fija, a un **patrón preestablecido**, entonces podemos (y estamos obligados) a pensar como Ekeland, pensamiento que, en esencia, coincide con el paradigma en vigor por esta época, y que ahora estamos criticando.

El hombre establece patrones, selecciona algún carril de la ancha vía, en el mejor de los casos, para entonces circunscribir el curso todo al carril seleccionado. Es obvio que entonces deba hablarse de "incertidumbre", de "desvío", de "errores", de "virajes cruciales", de "cambios radicales", de curso "muy diferente", cuando en esencia puede observarse que la tendencia, que el curso general caracterizado por una determinación cualitativa, resulta de manera general el mismo, independientemente de uno u otro acontecimientos, regla o senda tomada; que no es el **curso** lo que cambia, sino que solamente hay falta de coincidencia de la senda seguida con la preestablecida y seleccionada.

Este principio general merece ser estudiado con aplicación al caso de la sociedad a fin de poner en claro la medida en que hacer las cosas de uno o de otro modo implica riesgo absoluto en el proceso histórico. Más adelante volveremos sobre el particular.

Tan pronto como se comprende al hombre como ser natural, como un ente del conjunto universal de que forma parte y dentro del que se mueve, tan pronto como se asimila que se ve compulsado irremisiblemente a actuar bajo la égida férrea de las leyes (objetivas), se puede observar claramente que hay más razones para una afirmación objetiva que subjetiva del factor humano. En realidad, el rango de posibilidad de actuación subjetiva de los hombres guarda una

relación cuantitativa respecto a los límites objetivos que conservan la misma cualidad, y esto es una sentencia por entero marxista. ¿Es que puede atribuirse a la conciencia humana la posibilidad infinita de alterar el curso objetivo de los procesos sociales de manera arbitraria? El que unos hombres hagan las cosas diferente de otros en iguales circunstancias, o el que los mismos sean incluso capaces de conducirse de modo distinto si las circunstancias se repitieren, podría afectar el curso natural (objetivo) del proceso de manera tan poco significativa como que la muerte puede ser aplazada en los individuos por el hombre, pero nunca evitada; la sentencia de Fidel al referir la hazaña de los hombres que hicieron la historia cubana del siglo XIX en el sentido de que "ellos hoy hubieran sido como nosotros, nosotros entonces hubiéramos sido como ellos", concuerda con la máxima del Corán de que, "los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres", y refuerza nuestra consideración en tratamiento.

Marx descubrió la ley objetiva, en virtud de la que transcurre el desarrollo social «como un proceso histórico–natural», pero toda vez que, como hemos visto, es posible también un proceso histórico **compulsado conscientemente**, la ley que explica la evolución del proceso (o de parte de él), con este carácter, es decir, **desde el punto de vista de las variantes posibles del proceso histórico a partir de hacer las cosas de un modo o de otro**, apenas si se avizora y comienza a ser esbozada⁸.

Aunque ya Marx había apuntado: "*Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias escogidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias que existen y que les han sido legadas del pasado*", donde se deja traslucir cierta regularidad en la actuación humana, más adelante agrega: "*La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando estos aparentan dedicarse precisamente a transformarse y a transformar a las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionarias es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal*" (Marx, 1973: I, 408), con lo que el aspecto objetivo conferido al factor subjetivo del proceso histórico —**que es circunscrito a la limitación de la actividad subjetiva a partir de las condiciones objetivas materiales**—, ha sido expuesto de modo todavía muy subjetivo: los hombres no pueden desprenderse fácilmente del pasado. Engels, por su parte,

⁸ Cuando sociólogos como Wilhelm Dilthey se cuestionan "si existe una ciencia que conozca la triple conexión de las relaciones que hay entre el hecho histórico, la ley y la norma que guía el juicio", evidentemente está en la precursoría de la elaboración de la Lógica Objetiva del Factor Subjetivo. (Cfr. Weber, 1971, I, XXI)

apoya este punto de vista cuando escribe: *Somos nosotros mismos quienes hacemos nuestra historia, pero la hacemos, en primer lugar con arreglo a premisas y condiciones muy concretas. Entre ellas, son las económicas las que deciden en última instancia. Pero también desempeñan su papel, aunque no sea decisivo, las condiciones políticas, y hasta la tradición, que merodea como un duende en las cabezas de los hombres* (Engels, 1973: III, 514).

En nuestra opinión, la recurrencia al pasado que critica Marx, o *la tradición que merodea como un duende en las cabezas de los hombres*, que refiere Engels, no pueden verse como actos puramente temerosos, como vacilaciones arbitrarias de los hombres.

También escribió Marx que *“La revolución de febrero cogió desprevenida, sorprendió a la vieja sociedad, y el pueblo proclamó este golpe de mano inesperado como una hazaña de la historia universal con la que se abría una nueva época”* (Marx, 1973: I, 411)⁹, con lo que deja demasiado espacio a la subjetividad, a la actividad arbitraria de los hombres. Asimismo, la recomendación que hace en el sentido de que *“La revolución del siglo XIX debe dejar que los muertos entierren a sus muertos, para cobrar conciencia acerca de su propio contenido”* (Marx, 1973: I, 410), indica que se concede a los hombres una posibilidad demasiado amplia para encauzar la historia muy libremente en formas radicalmente distintas, de dirigir por uno o por otro curso el proceso histórico¹⁰.

Pero obsérvese que tanto en uno como en otro caso, indistintamente existe una atribución de arbitrariedad, de **subjetividad** para este tipo de conducta o actitud: “lo hacen para encontrar de nuevo el espíritu de la revolución” o “lo hacían para hacer vagar otra vez a su espectro”.

Nosotros sostenemos que ya el hecho mismo de que los hombres siempre se comporten de igual modo, hasta el punto de que tal conducta se repita ineludiblemente, conduce a pensar que debemos comprender esa conducta como una regularidad, como una necesidad, y acusa, al

⁹ Más adelante agrega Marx con el mismo motivo: *No basta con decir, como hacen los franceses, que su nación fue sorprendida. Ni a la nación ni a la mujer se les perdona la hora de descuido en que cualquier aventurero ha podido abusar de ellas por la fuerza. Con estas explicaciones no se aclara el enigma; no se hace más que presentarlo de otro modo. Quedaría por explicar cómo tres caballeros de industria pudieron sorprender y reducir al cautiverio, sin resistencia, a una nación de 36 millones de almas* (Marx y Engels, 1973: I, 413).

¹⁰ Es necesario hacer la reserva de que las críticas de Marx, dirigidas a los procesos de Francia de 1848–51, parten del presupuesto de que no son auténticos a la manera como los procesos de Inglaterra, con Cromwell, o de Francia con Napoleón, sino que son el resultado de una timación de Luis Bonaparte. Que cuando habla de los “ropajes que piden prestado a las generaciones anteriores” —hecho común a todas las épocas de transformaciones—, la diferencia del proceso a lo Luis Bonaparte estaba en que mientras los procesos auténticos lo hacen para encontrar de nuevo el espíritu de la revolución, los segundos lo hacían para hacer vagar otra vez su espectro. (Marx, 1973: I, 410).

mismo tiempo, que una relación causal ha de estar presupuesta como garantía de esa conducta humana regular.

De donde observamos que esta **lógica objetiva del factor subjetivo** tan solo muy tenuemente se delinea o acaso solo se enuncia, de manera muy general por demás; que sus elementos, en caso de ser sopesados, son tenidos en cuenta de manera muy general, diluidos burdamente sin distinción en todo el factor subjetivo. Tan solo un poco por la vía del papel de la personalidad en la historia, tuvieron alguna alusión importante en el pensamiento marxista, con más amplio despliegue en la obra de Plejanov. El que **lo objetivo en la evolución social se exprese a través de la actividad subjetiva de los hombres**, o que **el conjunto de actividades subjetivas generen un resultado objetivo** (Engels, 1973, III: 515), son sentencias que no expresan la esencia del problema, que no revelan la causa del mismo, y no permiten, por ello, un juicio suficiente de la relación. La primera se refiere a la condición de la relación, la segunda se apoya en un aspecto en extremo elemental y fenoménico, si bien cierto, poco probatorio de veracidad integralmente; la Lógica enseña que no siempre premisas de cierto carácter obligan a conclusiones de igual género.

Es posible distinguir leyes en los procesos sociales, en el proceso histórico, sobre la base de la conducta regular de las masas. Los individuos **idénticos entre sí pese a sus diferencias**, tienen aspiraciones y conductas similares que los hacen concurrir en un mismo punto y generar una misma tendencia. Así se explica el carácter objetivo de las leyes, cuando parece ser que las actividades de los hombres son caprichosas. Es un indiscutible mérito del marxismo-leninismo el haber descubierto, de este modo, que el proceso histórico está sujeto a leyes objetivas, pese a que son voluntades, subjetividades, las fuerzas motrices provenientes de los actores sociales. Pero la subjetividad misma es solo subjetiva por su forma más que por su esencia o naturaleza. La objetividad de la subjetividad es un hecho; también la subjetividad está regida por ciertas leyes internas y específicas. Por eso, admitir que el número de variantes posibles de realización del proceso histórico es infinito, que cuantos hombres **de un coeficiente y una aptitud comprendida dentro de un rango aceptable para el ejercicio de ciertas funciones sociales** prueben a hacer la misma actividad, ocasionarán un desenlace siempre y ostensiblemente diferente del proceso histórico, sería un absurdo que negaría el sustrato objetivo condicionante de la actividad de los hombres.

El hecho de que un conjunto de rasgos esenciales asemeje a los individuos y permita conceptuarlos y tratarlos a todos igualmente como **hombres y mujeres** pudiendo prescindir de las diferencias entre ellos; el hecho de que, incluso, sea posible clasificarlos en categorías a los

efectos de que sean unos y no cualesquiera los que tienen posibilidad de hacer la historia política —**elemento que estrecha el universo de hombres disponibles hasta el punto de hacerlo sustancialmente finito**—, acusa también que es finito el número de variantes posibles del hecho histórico, y acusa, además, que la posibilidad de coincidencia entre los modos de hacer de varios hombres es real. Si es cierto que hay reiteraciones de las huellas dactilares en personas diferentes —aunque esta posibilidad es muy cuestionada por la novísima **Genética de Población**—, que existen personas de un parecido asombroso entre sí, y que a decir de Hegel y de Marx, todos los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen, como si dijéramos, dos veces (Marx, 1973: I, 408), es concebible el modo de hacer finito de los hombres. Pero en cualquier caso, es evidente que **como el número de las variantes es grande en función del número de hombres y más aún del número de los factores diversos que concurren tan solo en un momento del hacer humano**, será tal vez necesario poner en función de estos conocimientos la **teoría de las probabilidades** de las matemáticas, lo que se aleja un poco de las manos de la Filosofía.

LOGICA OBJETIVA, CONDUCCION DE UN PROCESO SOCIAL COMPULSADO.

Visto que la lógica objetiva del factor subjetivo muestra diversidad de variantes en la ejecución del hecho y en los modos de conducción del proceso histórico, es válido cuestionar el modo de hacer empleado en la conducción del socialismo derrumbado, el modo de hacer durante el ejercicio del poder perdido. Pero este análisis sería de todo punto incorrecto si no es observado celosamente el principio de que, si bien las desviaciones de la senda del proceso histórico que implican los modos de hacer diferentes de los hombres han de concurrir igualmente en un resultado único —cuyas diferencias son de tiempo, de matices y aun de costos sociales—, ello es válido solo siempre que la tendencia respalde los modos de hacer, siempre que los hechos en la época sean demandados por la época misma. Pero si junto al carácter prematuro del poder manejado —que implica la falta de respaldo a las acciones subjetivas que se acometen—, son sopesados factores **decisivos** como: la utilización de métodos coercitivos antipopulares (léase extemporáneos), la actuación con la confianza de que "la época del socialismo había llegado", y la aparición de dirigentes con falta de articulación con las capacidades del promotor de la obra, entonces es fácil suponer la falta de garantía de viabilidad del proceso.

Hay un problema a resolver en esta trama de ideas: ¿Cómo se concilia el hecho de que el curso objetivo tiene diversas variantes, todas factibles de servir de vía al proceso histórico correspondiente, y el hecho de perecer el proceso no por **accidente**, sino de **muerte natural**, por degradación? ¿Estaba, por fin, llamado a perecer el poder soviético irremisiblemente, o era en efecto salvable? ¿Cómo se explica que haya existido al menos un modo de hacer humano, una variante, un sendero, un carril de la ancha vía, que condujera a un camino ajeno a esa gran vía, ajeno al curso objetivo irremisible del proceso, y que justo haya sido ese el sendero tomado? ¿Qué papel juega en todo esto el carácter prematuro del advenimiento del poder proletario?. La clave de todo radica, a nuestro juicio, precisamente en ese carácter prematuro y en el tratamiento que exige lo creado gracias a la subjetividad extrema del hombre.

Podemos y debemos asumir que el proceso histórico puede transcurrir de manera espontánea, pero también de forma **compulsada** por la acción del hombre. Compulsar el desarrollo social no significa enfilarlo por cauces arbitrariamente escogidos o resultantes de un azar indeterminista; significa acelerar o retrasar el proceso (acontecimiento) histórico; significa encarrilarlo por sendas alternativas, diferentes de alguna preconcebida o ya en uso, sin que se abandone, por ello, el curso objetivo, es decir, la tendencia.

Los ideales y los actos humanos pueden conceder un impulso al proceso histórico de forma tal que el hecho histórico sea provocado en determinado momento. Claro que esta posibilidad no es tampoco absoluta sino que, determinada en **última instancia** por condiciones objetivas, guarda respecto a ellas, la misma relación que el rango de subjetividad permisible en el quehacer histórico humano, pero de cualquier manera el hombre puede provocar que ciertos hechos acontezcan antes de lo que podía esperarse si fuesen dejados a la espontaneidad.

Un proceso así nacido resulta algo no amparado debidamente por la tendencia de la época, no auspiciado por la acción del conjunto de leyes que determina una necesidad férrea. Justo por ello requiere de un tratamiento especial y exige una atención casuística conforme al modo en que ve la luz. Más arriba sentenciábamos que **"lo creado gracias mayormente a la subjetividad magnífica del hombre, solo puede mantenerse mediante un manejo cuidadoso de las ideas, de la psicología social, de los estados de ánimo, en una palabra, de los *elementos subjetivos* que propician su afloración"**.

Un proceso histórico de esa naturaleza no puede considerarse una **gran vía** continente de muchos senderos o canales, toda vez que la gran vía del proceso histórico es tal, porque resulta objetiva y no surgida a destiempo por la subjetividad del hombre, generada por su compulsión. Tal proceso

histórico es una resulta de una concepción en la que se circunscribe el curso del proceso a una de sus variantes, demasiado permeada de intencionalidad y convertida en patrón, en el paradigma ideal prospectivo, en futuro vehemente tangible.

Concurren de este modo dos subjetividades: de una parte el modo de hacer del hombre —de suyo subjetivo por naturaleza propia—, y de otra, el curso mismo del proceso histórico, carente de la suficiente objetividad en virtud de la inserción compulsada en un tiempo o en unas condiciones no correspondientes. Todo esto reduce grandemente el número de variantes y obliga a andar "con pies de plomo", so pena de perecer ante cualquier error. En sus obras "*La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*", "*Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*", "*¿Qué hacer?*", "*La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla*", en otras muchas obras escritas al calor de la situación concreta de entonces, así como en decisiones políticas, como la implantación de la NEP, Lenin da muestras de la necesaria exactitud en el modo de hacer del líder (dirigente) durante su desempeño en la conducción de un proceso histórico del género en cuestión. Todo esto es confesión, asimismo, de que los hechos históricos de esa etapa vivida no podían ser dejados a la espontaneidad; de que el proceso histórico que sobre tales hechos descansaba y transcurría, fue compulsado subjetivamente; de que no constituía una vía objetiva admitente de variantes muchas; de que el proceso **todo** coincidía, en efecto, con un sendero tal vez único, o con una variante seleccionada y admitida como la más necesitada, o como la única conveniente a los propósitos políticos fijados.

La clave para comprender la libertad de acción del hombre en el proceso histórico y la condición de que pueda parecerle caprichosa y subjetiva su acción, es disponer de esa gran vía objetiva que tiene muchas variantes. Es la condición también que garantiza cierto margen de desviación no significativa, cierta tolerancia en la actividad humana, que aumenta la infalibilidad del hombre, que disminuye la posibilidad del error. Conducirse con pocas o con ninguna otra alternativa, estrecha de modo exiguo la vía —que por principios es amplia y poseedora de muchas alternativas—, e incrementa la posibilidad del error humano.

LOGICA OBJETIVA, LIDER, FRUTO PREMATURO, DERRUMBE.

Teniendo en cuenta que en todo esto se advierte el papel del **dirigente**, el análisis de este actor social merece un detenimiento algo especial, —tanto por lo que ha representado en la

degradación del sistema y en la pérdida del poder, como por su papel central en la lógica objetiva del factor subjetivo en que estamos hurgando—.

Desde el punto de vista filosófico y psicológico, está demostrado que la actividad de las masas o de grupos más o menos estables de individuos, no puede habérselas sin una dirección, sin la acción dirigente y organizativa de una persona, o de algunas personas. Las numerosas voluntades, los diferentes propósitos, las diferentes formas de enfilear los esfuerzos por obtener aun un mismo resultado, no pueden concurrir espontáneamente, “los pueblos tienen que consultarse” a veces a millones de personas para emprender un derrotero común; para ello necesitan del líder. Este actúa, no solo como mediador, imbricador, comunicador o transmisor de las disímiles voluntades, sino también como agente llamado a captar el modo más común de hacer; el que más satisface a la muchedumbre, que es captar la tendencia de la época, tomar conciencia del problema para luchar por su solución.

El surgimiento de un líder acontece cuando las condiciones se dan para ello, que es decir, cuando las masas se enfrentan a determinadas situaciones que exigen de una actuación de conjunto, de un esfuerzo mancomunado, de la coordinación de la actividad de cada miembro, y de la toma de ciertas decisiones para las que hacen falta algunas características no comunes a todos los miembros del grupo.

También la idea de la necesidad histórica nos puede revelar algo más en función de esta lógica objetiva del factor subjetivo, y a la vez, se muestra confirmatoria del carácter prematuro del poder proletario en relación con la muerte de Lenin: Siempre que las circunstancias lo demandan, el líder emerge de entre la multitud, decía Engels, y que la humanidad se propone únicamente los objetivos que puede alcanzar, decía Marx. De donde podemos concluir que entre las causas de un fallido proceso están, o bien que las masas y la época no demandaban el líder que se ha considerado necesario (elegido), o bien que no existía el líder necesario demandado por las masas y por las circunstancias. Como la idea de la necesidad histórica anatematiza la segunda conclusión, entonces nos queda la primera y con ella otra prueba más del carácter prematuro del poder proletario. En el arribo a esta conclusión coincidimos, incluso, con la percepción común que desde posiciones izquierdistas cuestionan acerbamente la política del Partido y de los dirigentes soviéticos más cercanos al momento del derrumbe.

Pero es obvio la sociedad hoy día, no puede dejar a la **espontaneidad** el surgimiento de los líderes, en razón de que las diferentes actividades sociales ya sean políticas, productivas, etc., son

de importancia social ineludible y no pueden, por tanto, ni ser dilatadas ni ser sometidas al riesgo de ser ejecutadas con un margen de deficiencias que exceda a las tolerancias cualitativas del proceso.

Digamos de pasada, que así como la obligatoriedad social de adoptar una variante determinada no coincidente con la más objetivamente apropiada para ejecutar una acción, no concede por ello una justificación plena del uso de la variante en cuestión y no la reputa como la óptima o como la sustituta adecuada de la forma de actuar, de modo análogo la "selección" de un dirigente o jefe hasta su situación en lugar del líder —justificado por la imposibilidad social de asumir su emersión natural o espontánea—, no dice por ello, que tal procedimiento garantice el cumplimiento sin dificultades del mismo rol. Unos deben mandar, otros obedecer; el problema aparece cuando quien no tiene aptitud para ello **quiere mandar** y/o tiene acceso al poder. Si este problema podía aparecer incluso desde épocas muy lejanas en la sociedad —como en el caso de los reyes que aun con rasgos de estupidez ascendían al trono en razón de la dinastía—, es cierto que en las condiciones del socialismo este problema es más agudo, más difundido, más común y menos constreñido. Se hizo aparecer una forma de organización de la sociedad cuyos hombres no estaban preparados para conducir; sobran los ejemplos en que los genios crean cosas en un tiempo, que a las masas les cuesta asimilar. (Worldwatch, 5, 1996: 5). Son necesarias, por tanto, estas reservas, añadidas a las observaciones en torno a la necesidad de provocar la emersión del líder a fin de garantizar la determinación cualitativa del proceso.

Si estos problemas tienen una consonancia menos estridente en el capitalismo —en razón de que las diferencias socioeconómicas ya establecidas y aceptadas amortiguan inconformidades y obligan a cierto nivel de resignación—, en las condiciones del poder proletario las consecuencias son muy ostensibles.

Podemos adelantar algunas ideas en el proceso de esbozo de lo que llamaremos **lógica objetiva del factor subjetivo**, en torno a la cuestión del líder.

Algo curioso pero regular, reiterativo, que escapa a las consideraciones arbitrarias, en suma **objetivo** ocurre con las creaciones de los hombres aislados, de grandes hombres que se adelantan a su tiempo. Tales hombres han de vivir lo suficiente como para desarrollar y exponer sus ideas hasta culminar su obra. Nadie puede sustituirlos con acierto absoluto, nadie puede proseguir exitosamente la obra iniciada por otro, siempre que tal obra, aun ya iniciada, esté basada en ideas generales poco explicitadas; sin que su contenido se muestre con suficiente claridad a otras personas responsabilizadas con la continuidad; incluso esto es virtualmente imposible, si las ideas

a interpretar y la obra a proseguir son sumamente osadas. En todos los casos es requisito indispensable que las ideas hayan sido desplegadas lo suficiente como para que no quede lugar para equívocos, para que el rumbo diseñado por el iniciador de la obra no sea extraviado por otras rutas también posibles de tomar, aun presuntamente menos correctas —enrumbar mal o bien son aquí juicios de valor que solo tienen sentido en relación con un rumbo prefijado, deseado y esperado—; pero solo quien conoce debidamente algo puede tener seguridad en un proyecto y acumular la fe necesaria para llevarlo a cabo, al menos de la forma *sui géneris* en que por él fue concebido. De donde estos dos requisitos espirituales, **fe** y **conocimiento**, de un proyecto ajeno que se asume como propio, son elementos básicos a tenerse en cuenta para poder llevar a término, con fidelidad a su fundador, un proyecto ajeno. Sabemos, no obstante que nadie puede consumir una idea como su propio creador, que ninguna otra persona podría ejecutar una obra ajena como el padre de esa obra —incluso cuando todos los requisitos apuntados y las características del antecesor y del sucesor sean todo lo similares posible—, en razón, especialmente, de las diferencias de épocas y condiciones en que se emprenden las obras; por tanto, cuando nos referimos al tiempo de vida para la explicitación suficiente de las nuevas ideas y a la fe para la ejecución, dejamos por sentadas estas reservas. No obstante, si la continuidad de un dirigente tiene la articulación debida, ello presupone que el relevo se movería —pese a sus diferencias naturales respecto al relevado— dentro del rango viable de variantes que no alteran de modo ostensible el camino prefijado y esperado del proceso histórico. De una parte el "hecho curioso" muestra que en efecto cada hombre puede encauzar el proceso histórico por sendas diferentes, de otra parte muestra que el proceso histórico no puede ser conducible inequívocamente por cualquier protagonista, si se le comprende en el sentido de una senda determinada, muy rígida y además, preestablecida.

Todo esto justifica nuestra opinión de que el fallecimiento de Lenin resultó intempestivo, funesto e irreparable para el futuro del poder soviético; de que sólo ese líder conocía lo suficiente su proyecto para amarlo con la pasión que era menester; de que conocía la teoría que le había servido de basamento como para defenderla con los argumentos y en las variantes más inusitadas; de que sus ideas no estaban aún debidamente explicitadas —de lo cual dice mucho la aguda polémica teórica por él sostenida—; de que sólo él inspiraba la confianza y la historia necesarios que requieren las empresas de este género; de que solo él reunía, por demás, todos estos requisitos simultáneamente, y de que el sendero estricto por donde se había prefijado el curso del

proyecto socialista por él emprendido, no estaba lo suficientemente claro como para ser andado sin el peligro de ser abandonado o confundido.

No es intención nuestra magnificar absolutamente a Lenin adjudicándole una perfección que por principio es de todo punto cuestionable; tan solo en este punto queremos establecer los requisitos necesarios para la continuidad de un proyecto con la fidelidad con que lo hubiese llevado acabo su creador; habrá que preguntarse quizá si el sendero tomado por Lenin era el más correcto posible, y si de haberlo continuado —incluso él mismo— hubiese garantizado la subsistencia del poder soviético.

Relacionado con este particular debemos ponderar otro aspecto: Si falta de un modo permanente la corroboración, si el agraciado carismático parece abandonado de su Dios o de su fuerza mágica, le falla el éxito de modo duradero, y sobre todo, si su jefatura no aporta ningún bienestar a los dominados, entonces hay posibilidad de que la autoridad carismática se disipe (Weber, 1971: I, 194). Si fueron **dirigentes** y no **líderes** los que condujeron el socialismo soviético, si su autoridad fue “legal” y no “carismática”, en la clasificación weberiana, ¿qué podría esperarse sino lo acontecido?. Acaso lleven razón algunos autores cuando atribuyen a esa causa la generaron fenómenos como el **culto a la personalidad** y la **burocracia**, que minimizaron el "rendimiento" del dirigente, acarrearón ausencia de iniciativa, fomento de la irresponsabilidad, adulación, y el estancamiento del pensamiento teórico (Shajnzarov, 1991)¹¹

LOGICA OBJETIVA, PROYECTOS SOCIALES, EXPECTATIVAS, DERRUMBE.

Mención especial merece en nuestra reflexión el asunto de las iniciativas, de los planes, de las medidas, de los **proyectos sociales**. Se comprende por principio, que la conjugación de los factores objetivos y subjetivos en el enfoque y en la solución de los problemas sociales tiene que ser de manera dialéctica y no forzada, como la mayoría de las veces se pretende. En su actuación cotidiana, y más aún en las actuaciones de aquellos con responsabilidades sociales, el hombre debe encuadrar sus fines en marcos racionalmente realizables. Comoquiera que a la idealización, que al método discursivo le es inherente la facultad de llenar, sin dificultades, los espacios no llenables con la acción material —lo que está siempre determinado por necesidades sociales, y por las convicciones políticas derivadas de los intentos de equiparación de determinados estatus

¹¹ Weber prestó gran atención, dentro de la dominación legal, a la «dominación legal con administración burocrática» (Weber, 1971: I, 178—80).

con otros siempre más elevados—, han de tenerse muy en cuenta las condiciones históricas legadas y las características específicas que adoptan en el espacio social y geográfico en que se generan los ideales; al pensamiento no le es posible reunir en una unidad más que los elementos de conciencia en los que esa unidad exista previamente de manera real (Engels, 1979 : 56).

Así, la dirección consciente de los procesos sociales en el socialismo ha adolecido de inconvenientes. Primero, las teorías no anteceden a las puestas en práctica de determinados proyectos, ora por recelos de las direcciones políticas acerca de la infalibilidad de los científicos sociales, ora porque éstos supeditan su actividad a la voluntad política. Segundo, los proyectos así aplicados, sobre la base del sentido común, las buenas intenciones y la lógica empírica, solían ser defendidos a toda costa, y en favor de ello se apela al pundonor, al "respeto", a la "lealtad a los principios", al "cuestionamiento ideológico" y a muchas cosas más. A veces sus patrocinadores han perdido, al menos, la confianza de los primeros años en el proyecto, pero como las ideas ya han prendido en la masas organizadas y en los eslabones intermedios comprometidos con el proyecto, estos lo defienden de manera pasional, iracunda y fideísta justo a la manera como el creyente la idea de Dios, y lo mismo que éste, no aceptan posición alguna contraria a su fe, aunque resulte de mucho juicio.

Proceder así, indica un soslayamiento del factor objetivo en el desarrollo social y de la posición marxista al resolver el problema fundamental de la filosofía aplicado a los procesos sociales; significa adoptar una posición subjetivista, significa la subversión del "ser" por el "deber ser".

Después de trazar la "línea", se quiere que siempre las masas se adapten ciegamente a lo preconcebido. Cuando así no sucede, entonces la crítica es para el que no hace lo que nos parece lógico según el "plan y nunca para el plan mismo"¹², que aparece así como sagrado, divino e infalible: *Nada más fácil y tentador en economía política que la confusión entre esquemas ideales y realidad. Se le prestan a ésta los méritos que, en rigor, solo a aquellos corresponden.* (Aron, 1967: 26–27). No se prevén ni se admiten desviaciones (casuales) de la tendencia, —por demás trazada y admitida como esencial—. Parece como si se admitiera que las masas todas, al comportarse de manera distinta de lo esperado, asumieran una “conducta desviada”, para usar el lenguaje de Robert Merton. (Merton, 1964: 230)(Cf. Andreieva, 1975: 400) Pero lo que para Merton es un instrumento sustantivo y de una función ideológica específica: explicar las causas

¹² Merton dice: *Cuando la conducta del grupo no consigue [...] su finalidad ostensible, existe la propensión a atribuir su existencia a falta de inteligencia, a pura ignorancia a supervivencias, o a la llamada **inercia*** (Rojas, 1972: 217).

de que algunas personas o grupos no se conduzcan con arreglo a la generalidad, para el socialismo hoy derrumbado era una atribución forzada para las grandes masas.

La senda seleccionada —a la que es reducida la gran vía que representa el proceso histórico— se aprecia aquí cumpliendo su rol, con extrema evidencia. Pero más evidente resulta la posibilidad de incorrección de ese carril por subjetivo, por compulsado, aun de buena fe.

Cómo se sostiene el proyecto en esas condiciones. No se sostiene exactamente, sino que es sostenido artificialmente: con recursos materiales subsidiarios, si los hubiere; con mentiras, consignas, discursos de alabanza, así como con maniobras —también engañosas por ocultativas de informaciones y ofrecedoras de datos falsos— que "demuestran la "validez del proyecto" y que éste marcha y se realiza. Todo esto hasta que el proyecto hace o crea crisis y entonces cae a tierra y se desenmascara violentamente, muchas veces por los patrocinadores mismos ya esclarecidos acerca del engaño o por lo menos acerca de la falta de funcionalidad del mismo. Esta es la regularidad de siguen siempre los proyectos no pensados hasta la saciedad y puestos en práctica al amparo del voluntarismo.

Esto no quiere decir que debamos ser objetivistas extremos, en el sentido de negar la posibilidad de la acción subjetiva de los hombres, la capacidad de influencia subjetiva en el curso de los acontecimientos y procesos sociales. La clave está en que el proyecto subjetivo, ideal, ha de ser concebido, trazado, solo a partir de la viabilidad del mismo, es decir, a partir de haber determinado su relación unívoca con la tendencia objetiva. El proyecto ha de ser una abstracción anticipada del curso que ha de seguir el objeto estudiado, como es natural hasta un momento dado. Todo Plan ha de pensarse y concebirse conforme a esa tendencia objetiva así abstraída y captada. El proyecto, por tanto, ha de derivarse de lo objetivo y no a la inversa [Ver (Marx y Engels, III p: 514–6) "Carta de Engels a Bloch" y (Marx y Engels: III, 408) "El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte"]; estos principios, tan claramente delineados y fundamentados por el marxismo, son olvidados y **violados** en momentos de la práctica de ejercicio del poder eurosoviético.

En esta "subversión del ser por el "deber ser" influye poderosamente —tal vez a manera de causa— la ilusión que la prisa excesiva por obtener resultados genera en el hombre el adelantarse a su tiempo, que lo hace desear cosas que corresponden a un futuro acaso más lejano de lo racionalmente esperable. No intentamos hacer loas al postmodernismo cuando decimos con

él que el pensamiento a la modernidad correspondiente, confió demasiado en haber alcanzado un esquema de pensamiento capaz, no solo de explicar suficientemente las circunstancias, en haber alcanzado la armonía de la razón y la práctica, sino también en haber diseñado el futuro con una perfección y una inmediatez sumas.

Es inevitable, regular, necesario, que sean ciertos hombres quienes obren en representación del pueblo: solo a través de ellos se hace la historia. Pero es necesario encontrar la identidad entre lo que quieren los pueblos y lo que “deben querer los hombres” que obran en su lugar, para obedecer con alguna fidelidad al principio marxista de que *los objetivos [humanos] no surgen más que cuando las condiciones materiales para su realización ya se dan o por lo menos e están gestando* (Marx, 1973: I, 516–7).

Aliviar las penurias humanas, mejorar las condiciones de los necesitados, es una empresa noble, juiciosa, razonable, justa y **viable**, por la que es un crimen no luchar. Pero luchar por arrancar de cuajo las desdichas humanas, por transformar con radicalidad suma y con amplitudes desmedidas el estado de cosas, en el sentido de alcanzar, de una vez, una igualdad uniformada o una estandarización de las condiciones de vida de los humanos —aun con la atenuante de haber sido agravadas por el ensañamiento insoportable de los poderosos—, es una ambición vehemente imposible, que acaso resulta siempre dispendiosa en extremo. Si “la humanidad se propone únicamente los fines que puede realizar”, también es un crimen no ponerle juicio, cordura y mesura.

Si el pesimismo, el conservadurismo, el escepticismo, son posiciones que conducen a la inoperancia, a la inacción social, el **optimismo extremo**¹³, al perturbar negativamente la armonía orgánica natural, moviliza intempestivamente los ánimos individuales en pos de rangos oásicos para el futuro pero espejistas para el presente. Habría que sopesar, incluso, en qué medida se ve favorecido el poder enemigo, y fortalecido, por tanto, el estadio que se pretende superar. No solo porque de hecho la caída de un contendiente es ya una victoria del oponente, sino porque las masas, de uno y otro lados expectantes, sufren decepciones bruscas y costosas que atrasan sobremanera la consecución de un proyecto social novedoso. Lo mismo que la muerte parece

¹³ Al igual que Oscar Lange, Hebert Simon aborda el concepto de racionalidad. La tesis de racionalidad limitada mereció un Premio Nobel. A diferencia de la conducta óptima, prácticamente inalcanzable, la conducta satisfactoria logra resultados elevados subóptimos pero factibles, y de hecho resulta una conducta más efectiva la que compromete lo posible en aras de lo ideal (como el óptimo matemático). Una versión popularizada reduce a “luchar por lo perfecto impide alcanzar lo satisfactorio”. No debe confundirse con un llamado a subestimar la lucha por la excelencia, que es otra concepción. En la práctica la excelencia no es el óptimo que arroja un modelo matemático ideal, sino lo mejor posible en ciertas condiciones dadas.

siempre interrumpir un futuro luminoso y prometedor, la interrupción de un proceso histórico establecido y muy deseado trae siempre la sensación de que se pierde una perspectiva en extremo placentera, y de que la oportunidad se ha esfumado para siempre. Por eso la meta propuesta se aleja tanto, que puede llegar a perderse como propósito de masas.

Hay, al menos, dos maneras de ser infeliz: una material, otra ideal. La una, cuando se carece de las condiciones mínimas necesarias para un desenvolvimiento relativamente normal; la otra cuando ciertos propósitos o anhelos no son conseguidos, por sublimes en extremo, y los deseos ardorosos, permeados de inconformidad, se truecan en franca desesperanza. Si el primer modo es difícil, aunque soportable, el segundo suele resultar angustioso, agobiante y trágico.

La obsesión por lograr valores humanos superlativos, de una sociedad paradisiaca y de una perfección social que se aproxima a lo divino, explica aquella defensa obstinada del proyecto, y no solo la concepción misma. Pero explica también los sentimientos de desilusión, de derrotismo y hasta el estado de caos en la psicología social de masas; y explica —en muchos casos— los cambios bruscos en las posiciones ideológicas de grupos y hasta de poblaciones enteras.

En el sentido explicado más arriba —que se deriva de la lógica objetiva del factor subjetivo—, puede hablarse de muchas imperfecciones en la construcción del socialismo, de muchos senderos andados a ciegas, de muchas cosas hechas al amparo del voluntarismo y la subjetividad absolutos. Ante todo, no se encontraron los mecanismos económicos capaces de estimular la producción y de garantizar la calidad de lo producido, como único modo de afianzar el socialismo más que vencer al capitalismo, como siempre se hubo pretendido. Los llamados a la conciencia, las apelaciones a la moral, a la vergüenza, etc., trataron de ser convertidos en los resortes —o únicos o determinantes— para el funcionamiento económico.

Tal enfoque constituye, incluso, una negación del punto de vista materialista. Toda una generación puede estar inspirada en ciertos principios, pero la influencia de estos se va haciendo cada vez más tenue en la medida en que las nuevas generaciones adquieren otras vivencias y otro modo de vida, por nacer y vivir en otras circunstancias. La pedagogía, el trabajo político-ideológico, no pueden, por arte de magia, realizar funciones que objetivamente no tienen la posibilidad de garantizar.

Para que el socialismo hubiera triunfado y consolidado definitivamente, para que el paradigma por él propugnado se hubiera convertido efectivamente en una realidad, debió encontrar la fórmula y los mecanismos económicos que permitan conjugar armónicamente el **humanismo** que le es inherente con la **eficiencia económica** que le serviría de sustento y

garantía. El modo de lograr esa condición tan importante no es, por principio, buscar el aislamiento, una segregación de las relaciones mundiales, lo que —si bien garantiza la castidad o la pureza del sistema—, no garantiza alcanzar el propósito en cuestión, tan deseado e ineludible¹⁴. En un mundo que aparece como una unidad, no es posible desentenderse de una de las partes que conforman esa unidad con la pretensión de concebir así la unidad misma.

Es claro que la labor de zapa el enemigo no es algo que pudiera tener poco significado, al extremo de ser despreciada cuando se valoran las causas de la pérdida del poder proletario. Pero, por una parte, el calificativo de **desmerengamiento**, por Fidel, indica que no fue este factor el decisivo en la caída, nos asegura que el socialismo se derrumbó y no que fue destruido por su enemigo. Por otra parte, aun considerando con más significado la labor enemiga, el ser derrotado en una contienda puede deberse esencialmente a tres razones, —siempre que la arena y las condiciones generales que sirven de escenario a la lid sean más o menos equiparables entre los contendientes—:

1° Que se sea materialmente más débil que el enemigo

2° Que se esté coyunturalmente más débil que el enemigo.

3° Que se carezca de la técnica o la destreza necesarias para hacer frente al enemigo.

Por donde cualquiera de las causas posibles es acusatoria, por igual, de que se competía con un enemigo más fuerte o mejor preparado; de que **lo nuevo** carecía de las potencialidades que por ley les son inherentes; de que **lo viejo** no se tornaba aún retrógrado, impotente y obsoleto; de que la confianza en el nuevo poder debía ser dudosa, condiciones estas todas incompatibles con la lógica objetiva del proceso histórico.

A MANERA DE CONCLUSIONES (Desde Cuba)

¿Significa toda nuestra reflexión anterior que era necesario esperar a que todos los factores de la revolución maduraran en forma natural para entonces incitarla?. De ninguna manera. Hace ya mucho que la filosofía esclareció la necesidad de la acción subjetiva de los hombres, como única forma de cumplimiento de las leyes objetivas, máxime si, como en este caso, tales condiciones han madurado, no obstante haber sido por efectos no naturales. Tan solo

¹⁴ El autor añade los casos de interrupción **groseramente** de la Ciencia de Organización del Trabajo y de Dirección de la Producción, y de la Sociología. Así como del retroceso de la Biología. Todo esto es catalogado no como un error casual, sino como una acción premeditada. (Kurasvili, 1991: 79)

llamamos la atención acerca de la forma en que ha llegado el socialismo a la historia y del tratamiento que, en correspondencia con esto, debe dársele. Lo que aparece gracias a la mano del hombre, aquello que no ha tenido una “gestación natural”, aunque “laboriosa”, en tanto no es una consecuencia espontánea de la evolución de la sociedad, aquello que aun siendo una continuidad lógica en el espacio, es provocado y encajado en un tiempo anterior al correspondiente según el programa de la historia, ha de atenderse con arreglo al carácter que el modo de aparecer le confiere. No puede ser abandonado a la espontaneidad ni recibir el tratamiento que el organismo emergido como un **proceso histórico natural**. El modo en que ve la luz un proceso social determinado, las circunstancias en las que aparece es, por tanto, determinante para su trayectoria futura y para los métodos de tratamiento que puedan dispensársele.

El triunfo que resulta de un combate irregular, si bien merece ser valorado y celebrado, como un triunfo al fin, no puede ser manejado con la convicción de que la victoria ha sido obtenida en condiciones regulares. Se puede vencer a un gigante, pero una vez salido airoso, el enseñoreo y el júbilo no pueden conllevar a considerarse de una estatura de gigantes y a que es factible conducirse como tales. Es concebible que también los débiles tengamos derecho a la libertad, al disfrute de una **vida mejor** que la heredada, pero es inconcebible la elevación de ese derecho al rango de causa y de factor determinante de nuestras luchas, tanto más cuanto que, esa aspiración a una mejor vida ha de ser tan solo a algo mejor que lo disponible, y no una aspiración a la vida que ostentan los poderosos, como por regla sucede; habrá que aprender aún de Martí cuando sentenciaba: “si se nace pobre y se es honrado, no hay tiempo para ser sabio y rico; ¡cuánto camino recorrido supone la riqueza y cuánta pobreza mora!”.

Parece ser que todavía hoy, a finales del XX, **el hecho tan sencillo** descubierto por Marx, continúa oculto tras la maleza ideológica (Marx y Engels: III, 171), es decir, que atribuimos de hecho, aunque no sea de palabra, la causa de la explotación y de la miseria, a la maldad y a la codicia de los hombres y no a la inversa; como si tales fenómenos no tuvieran un condicionamiento objetivo incuestionable. Abolir la explotación del hombre por el hombre para propiciar la **extinción del Estado** equivale a **abolir el Estado** de hecho, aunque de palabra se esté negando. Fue por eso que una vez lograda la libertad, los esfuerzos se encaminaron directamente a ese objetivo, y que se generaron las expectativas que ahora estamos obligados a refrenar.

Pero si el socialismo derrumbado es un fruto prematuro de la humanidad, para estos pueblos vendrá su época de revolución. Es inobjetable que si bien el socialismo careció de la eficiencia necesaria, no ha perdido su pertinencia.

La lógica del proceso histórico indica que ha de llegar una etapa en que se haga firme la eliminación de la desigualdad y de la pobreza, en que incluso estas circunstancias de la sociedad hoy inevitables aún, se conviertan efectivamente en trabas de la funcionalidad del organismo social en vez de en su garantía como todavía resulta en nuestros tiempos. La correlación entre la necesidad y la casualidad también justifica que lo casual en el proceso histórico acusa su transformación en un proceso necesario. Y finalmente, la lógica objetiva del factor subjetivo, acusa también que la humanidad se prepara y acondiciona para manejar —a partir de la experiencia acumulada y como es debido—, las creaciones complejas fruto de su inteligencia.

Parece difícil asimilar la realidad de que:

- así como llegó el capitalismo a la historia de la humanidad “chorreando sangre”, también de igual modo ha de despedirse —especialmente si estamos acelerando su adiós—;
- de que no es aún tiempo de que los dolores, las penurias, los sacrificios y las inmolaciones consustanciales al proceso histórico puedan ser olvidados, y de que las revoluciones que comienzan con la toma del poder político, han de seguir una trayectoria caracterizada por el aprendizaje a partir de errores y desviaciones fruto de ensayos costosos.

El coexistir con los poderosos, y el haber nacido en un mundo que ya ellos dominaban, nos obliga a tenerlos en cuenta irremediamente, pero en modo alguno nos obliga a seguir el curso que ellos. Como, ¡por fortuna!, nuestras vidas no solo no las quieren, sino que no pueden ser vividas como no sea por nosotros mismos, hemos de ser nosotros, los humildes, quienes definamos nuestra propia senda y los métodos específicos de seguirlo. La consideración de que no es tiempo aún de desterrar del orbe ciertos estatus incongruentes con nuestras concepciones éticas, no significa exactamente que el matiz del curso histórico tenga que ser el que dicten los poderosos de manera irrefragable. Ya el que existamos nos concede un espacio en este mundo, ocupado el cual influimos en un proceso histórico —que acaso no puede habérselas sin nosotros—, de manera tal que alguna **diferencia** podamos hacerle adoptar. Si el curso del proceso histórico está compuesto de **muchas alternativas**, entonces tenemos derecho, al menos, a influir en la decisión de la alternativa universal a tomar...

Se enriquecerá, entonces, la teoría marxista-leninista de la revolución, a partir de la incorporación de nuevos elementos a la regularidad —hoy circunscrita a las condiciones objetivas y subjetivas de la revolución—, con toda seguridad relativos también a la lógica objetiva del factor subjetivo. Tales nuevos elementos incluirían, sin dudas, los estados de ánimo generados en las masas por el choque con los rigores del capitalismo —con todas las desigualdades, antipopularidad y falta de humanismo que entraña—, y que ya se habían extinguido con el socialismo que abandonaron. Es concebible que en el capitalismo, hombres aislados resulten afortunados, pero imposible para pueblos enteros; es concebible que hombres aislados soporten privaciones cuando antes ya sintieron rebasado el estatus social que las contenían, pero es imposible que naciones enteras generen capacidad para tamaña resignación. Acaso sea este un aspecto positivo de las expectativas desmedidas en cuestión, que no habría de ser refrenado.

Más en cualquier caso, como toda superestructura social ha de asentarse sobre un conjunto de relaciones económicas ciertas y viables, resultaría poco probable que tal enriquecimiento de la teoría filosófica y de la práctica política pueda tener lugar sin contener fuertes alusiones enfiladas a refrenar hábitos, costumbres, propósitos, proyectos, expectativas, en una palabra: relaciones político-jurídicas y formas de conciencia, que no se avienen al desarrollo económico alcanzado.

Si la prisa excesiva por implantar los estatus sociales de que somos merecedores nos ha hecho aprovechar una coyuntura posible en el curso del proceso histórico, sin la suficiente maduración de los factores económicos que los respaldan; si estos factores económicos no pueden ni aparecer ni madurar por obra de gracia, como pueden los elementos ideales; si existe ya la convicción de que "saltar etapas" y "soñar despiertos" nos atrasa y confunde peligrosamente; si de todo esto estamos convencidos, entonces es preciso adecuar nuestros sueños y posibilidades a las realidades materiales que no pueden menos que ser aceptadas como realidades al fin, máxime cuando en alguna medida los sueños están ya materializados y consumados, y hemos aprendido a amarlos con la fuerza necesaria para que no se nos escapen, al menos totalmente.

Para nosotros, de este modo, resulta inobjetable que la racionalidad en las expectativas humanas y en la conducta social comience a ser efectiva a partir de los ensayos de los pueblos que anduvieron o que transitan por la senda **estrecha, pero sugestiva**, de la parte del proceso histórico a cargo de los humildes.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. (Aron, 1981) Raymond Aron en "**Papers**" Revista de Sociología, Nº 15 Ediciones Península, Barcelona 1981.
2. (Aron, 1967) En Max Weber "**El Político y el Científico**" Madrid 1967.
3. (Bocci y Ceruti, 1996) Gialunca Bocci y Mauro Ceruti en "**El Correo de la UNESCO**" Febrero de 1996.
4. (Dilthey, 1956) Wilhelm Dilthey **Introducción a las ciencias del espíritu** Revista Occidente 1956
5. (Ekeland, 1996) Ivar Ekeland en "**El Correo de la UNESCO**", Febrero de 1996.
6. (Elkana, 1989) Jehuda Elkana "**Antropología della conoscenza**" Roma 1989
7. (Engels, 1973) Engels F. En Marx y Engels "**Obras Escogidas**" en tres tomos, Moscú 1973.
8. (Engels, 1979) Federico Engels "**Anti-Duhring**" La Habana 1979
9. (Foerster, 1996) Von Foerster. Ver artículo de Edgar Morin En "**El Correo de la UNESCO**" Febrero 1996.
18. (Goffman, 1981) En "**Papers**" Revista de Sociología, Nº 15 Ediciones Península, Barcelona 1981.
20. (Kurasvili, 1991) B. Kurasvili "**El pulso de las reformas**" Moscú 1991
21. (Lenin, 1981) "**Obras Completas**" Moscú 1981.
22. (Marx, 1986) Carlos Marx, "**El Capital**" Edit. C. Sociales La Habana 1986.
23. (Marx, 1973) C. Marx y F. Engels "**Obras Escogidas**" en tres tomos, Moscú 1973
24. (Merton, 1964) Robert Merton "**Social Theory and Social Structure**" N. York 1964
25. (Mommsem, 1981) Wolfgang J. Mommsem en "**Papers**" Revista de Sociología Nº 15 Ediciones Península, Barcelona 1981.
26. (Ritzer, 1993) George Ritzer "**Teoría Sociológica Clásica**" Madrid 1993
27. (Rojas, 1972) Rojas Marta "**El funcionalismo en la sociología norteamericana**" Ileana Rojas Edit. C. S. La Habana 1972
28. (Sánchez, 1971) Germán Sánchez en Max Weber "**Economía y Sociedad**" Edit. C. Sociales La Habana 1971
19. (Shajnazarov, 1991) G. Shajnazárov "**El culto a la personalidad como forma de poder**" en "El pulso de las reformas", Edit. Progreso 1991.
29. (UNESCO, F R) Revista "**El Correo de la UNESCO**" fecha de referencia.
20. (Weber, 1971) Max Weber "**Economía y Sociedad**" Edit. C. Sociales La Habana 1971

<http://www.nodo50.org/cubasigloXXI/congreso/ponencias.htm#abr>